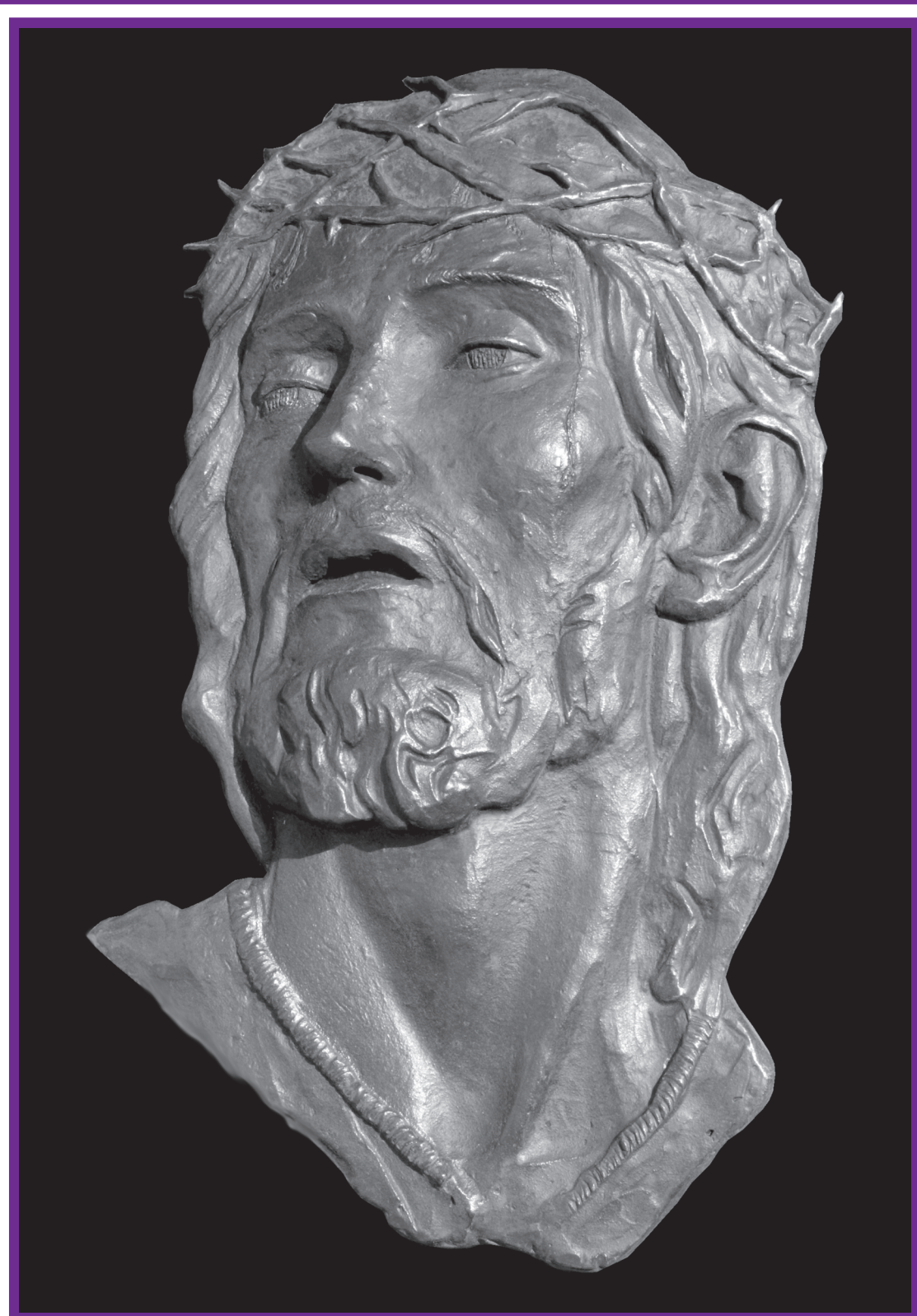
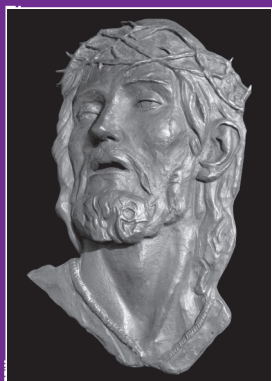


ECOS DEL NAZARENO



SEMANA SANTA 2011

ECOS DEL NAZARENO



SEMANA SANTA 2011

Revista de la Real e Ilustre
Cofradía de N. P. Jesús Nazareno.

Edita:

Real e Ilustre Cofradía de N.P. Jesús Nazareno (Marrajos) Cartagena.
Número 32 - Año XXXII.

Portada: Relieve en bronce realizado por Arturo Serra. (MMC).

Fotografías:

Archivo Cofradía N. P. Jesús Nazareno (ACNPJN),
Manuel Maturana (MMC),
José Francisco López (JFL),
Moisés Ruiz Cantero (MRC),
Antonio Ballester (AB),
Fotografía Martínez Blaya (FMB),
Agustín Alcaraz Peragón (AAP),
Luis Vitaller Prieto (LVP),
Raúl Ortega (RO).

Diseño e Impresión:

Imprenta Nicomedes Gómez (Cartagena)

Depósito Legal: MU-324-1997.



La Santísima Virgen de la Caridad,
Patrona de Cartagena

Es la Fe virtud muy alta,
la Esperanza escudo fuerte
mas ni una ni otra exalta
nada es vida, todo es muerte
si la Caridad te falta.

ÍNDICE

Pag.

Saluda del Hermano Mayor

Domingo Andrés Bastida Martínez 3

Un documento fundamental para la historia de la Cofradía Marraja de Cartagena, en el archivo secreto del Vaticano (Roma)

Vicente Montojo Montojo 4

La Cruz Procesional Marraja y su repercusión en Escombreras

José Antonio Melgares Guerrero 6

La música de las Agrupaciones Marrajas

Agustín Alcaraz Peragón 9

D. Salvador Sanfulgencio Nieto

Juan Ignacio Ferrández García 13

250 ANIVERSARIO DEL ENCUENTRO EN LA PLAZA DE LA MERCED

1761: El Encuentro en el arrabal de San Diego

Agustín Alcaraz Peragón 18

El Encuentro Marrajo. Antropología y teología en escena

Francisco Henares Díaz 23

El tiempo sagrado en el escenario urbano:

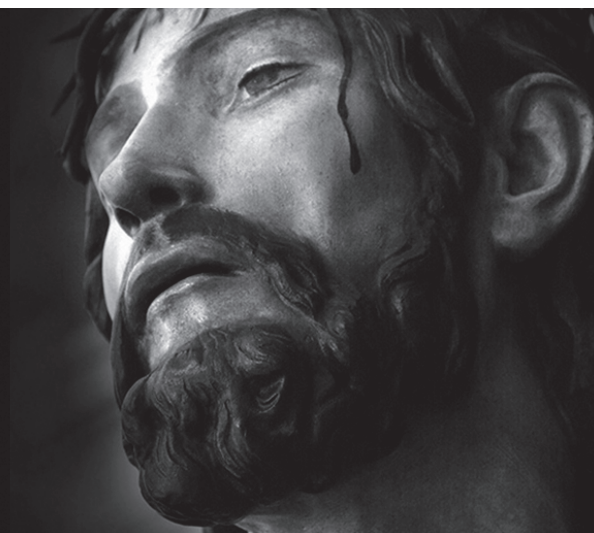
La calle de la amargura de los Marrajos en Cartagena

José Francisco López Martínez 28

Real e Ilustre Cofradía de Nuestro
Padre Jesús Nazareno
(Marrajos)
Semana Santa de Cartagena



[ENTRAR EN LA WEB](#)



Un año más se asoma, fiel a su cita, esta publicación marraja al escenario de esta Cartagena que se transforma en Jerusalén, justo cuando *la Semana Mayor se hace universo* tal y como recoge la letra del himno de nuestra querida y entrañable ciudad.

Aunque sea esta la primera ocasión que tengo de dirigirme con la responsabilidad de ostentar el cargo de Hermano Mayor, por medio de estas páginas, a todos los marrajos y cofrades en general, quiero destacar y resaltar el apoyo y la importancia que siempre se ha dado desde la cofradía a esta revista de «Ecos del Nazareno» desde sus inicios. Entendemos que es una publicación que viene a enriquecer la biblioteca de publicaciones pasionarias de nuestra ciudad y que para ello aporta nuevos datos y aspectos que van dando consistencia y a contribuir a un mejor conocimiento de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Con la meta de no desmerecer el gran esfuerzo realizado por mis antecesores al frente de los marrajos, me pongo a vuestra entera disposición con objeto de continuar en la tarea de seguir engrandeciendo esta cofradía que con orgullo hemos heredado, dispuesto a servir a mi hermandad morada desde la fe y el evangelio, a que seamos ejemplo de sincera y verdadera fraternidad. Todos estamos llamados a

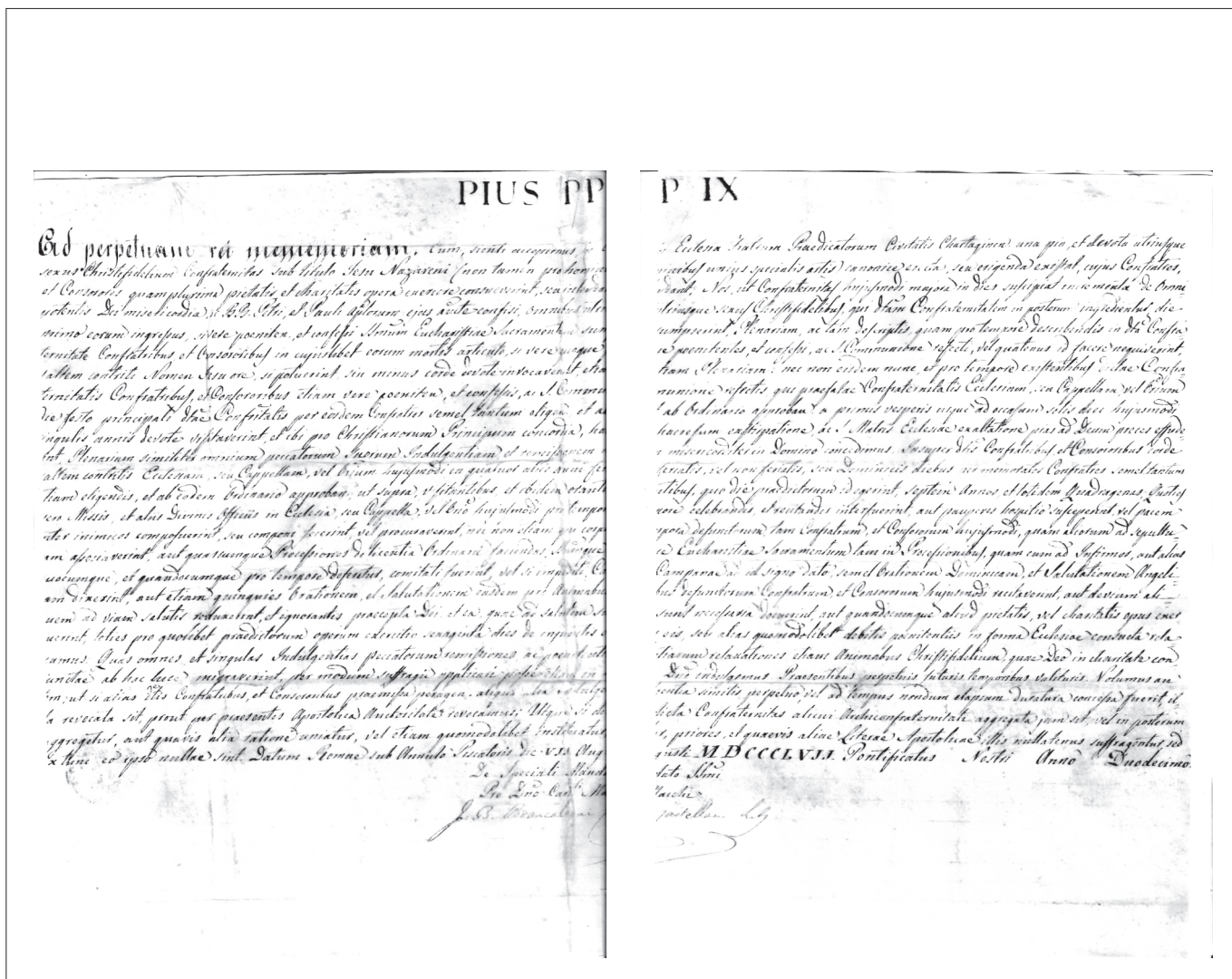
trabajar en ese empeño, a dar testimonio con nuestra presencia en los actos litúrgicos y sociales de la cofradía, y como no, para dar testimonio público de nuestra fe en las procesiones que organiza nuestra cofradía, con la seriedad, respeto y solemnidad que caracterizan nuestros desfiles y que nos hacen sentir orgullosos de pertenecer a una cofradía de siglos de historia como es la Cofradía Marraja.

Por último felicitar y animar desde aquí al equipo de redacción para continuar esta tarea divulgadora de la historia y tradición marraja, para que en esta nueva etapa de la cofradía, donde también hemos abierto la ventana de Internet para que nos puedan conocer en todo el mundo a través de la web propia www.cofradiamarraja.es y que por medio de estas tecnologías esta publicación alcance una mayor difusión para mayor honra y gloria de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Recibid un fraternal saludo.

DOMINGO ANDRÉS BASTIDA MARTÍNEZ
Hermano Mayor

UN DOCUMENTO FUNDAMENTAL PARA LA HISTORIA DE LA COFRADÍA MARRAJA DE CARTAGENA, EN EL ARCHIVO SECRETO DEL VATICANO (ROMA)



Se ha localizado en Roma, en el Archivo Secreto Vaticano, un documento muy importante para la historia de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Cartagena, como es la petición o preces de una concesión de indulgencias a la Cofradía Marraja, en 1857, es decir, a mediados del siglo XIX. Tal petición o preces de bula de indulgencias se hizo por razón de que se habían perdido las indulgencias concedidas en 1716.

La petición de indulgencias, conservada en el Archivo del Vaticano, se hizo siendo papa Pío IX y reina de España Isabel II, que firmaron un concordato en 1851, y dice así, en italiano, como está:

Cartagena – Indulgencias de Pío IX: Preces
Beatísimo Padre,

Clemente XI, di santa memoria, con breve datato 7 Maggio 1716 concesse alla Ven. Confraterniza di Gesù Nazareno, eretta nella chiesa dei PP. Predicatori in Cartagena, in Spagna, uti l'elenco d'indulgenze che qui a pie si describono.

Per le Vicente che da Mopti anni travagliarono la Spagna, il breve originale è andato smarrito. L'attuale rettore di questa Ven. Confraterniza supplica perché la S.V. voglia degnarsi ordinare che o sull'originale esistente in Roma venga rilasciata copia autentica, o che in un nuevo breve vengano riportate le indulgenti in quello descritte, come risulta dalla nota qui a pie descritta, desunta delle patenti stampate, che sempre si sono rilasciate a' nuovi aggregati. Che etc.

Indulgenza Plenaria.

1° nel giorno dell'ammissione alla confraternità

2° nel giorno della festa principale della confraternità

3° in quattro guorni festivi approvati dell'Ordinario

In ogni anno

1° Indulgenza di 7 anni ed altrettante quarantine pregando per la S. Chiesa

2° 60 giorni d'indulgenza: 1° se insieme radunati ascoltarono la S. Mesa; 2° assisterono alle procesión od altra pia opera; 3° accompagnarono il Smo. Sacramento ed i fratelli al sepolcro; 4° se al suono dell'Ave Maria pregarono o della campana per l'infermo; 5° se assisterono, agiutarono poveri pellegrini, riconciliarono nemini, instruiarono nel catecismo gli'ignoranti; 6° se pei fratelli defunti recitarono cinque Pater ed Ave.

Possano godere di queste indulgenti le confraternite da questa agrégate.

(Al dorso):

Alla Santità di N.S. Papa Pio IX

Copia pro consuetis indulgentiis piarum societarum.

(A lápiz): Carthaginem. In Hispania.

N. 5625. ... 3.50.

Dat. Romae etc. die 7 Augusti 1857, anno XII.

Como es conocido, se hizo en 1995 el hallazgo de la escritura de compra de la capilla Marraja a los frailes dominicos del convento de San Isidoro de Cartagena, en 15 de agosto de 1641, situada en el registro de Juan Pérez Pica, entre los protocolos notariales de



Cartagena, y desde entonces, en sucesivas publicaciones, ha quedado claro que esta de 1641 es la fecha más cercana de su fundación, demostrada además la imposibilidad de que fuera muy anterior gracias al testimonio de Bartolomé Tovar en su testamento de 1660. La pérdida de las indulgencias anteriores llevó a que la Cofradía diera poder en 1715 a un carmelita para que solicitara en Roma nuevas indulgencias, lo que se consiguió en 1716. A la pérdida de estas últimas siguió la obtención de las de 1857, de las que es conocido por algunos la bula de concesión.

VICENTE MONTOJO MONTOJO

Técico Responsable del Archivo General
de la Región de Murcia

BIBLIOGRAFÍA:

Archivo Secreto Vaticano. Índice de los Fondos y relativos instrumentos de descripción e investigación. Ciudad del Vaticano, 2008-2009.

LA CRUZ PROCESIONAL MARRAJA Y SU REPERCUSIÓN EN ESCOMBRERAS



Escobrerias, 3 de mayo de 1960.

En el Museo de la Vera Cruz de Caravaca, intramuros del castillo local y en edificio anexo a la Basílica, se muestra una Cruz de Caravaca de dimensiones considerables (160 x 96 Cm), dotada de pie (de época posterior a la factura de la pieza), fabricada en madera de pino, en cuyo anverso y sobre imprimación de pintura oscurecida por el paso del tiempo, se muestra la imagen de Cristo crucificado ocupando aproximadamente la mitad del palo vertical, cuyos brazos penden del palo transversal menor. El reverso carece de iconografía y solo cubre la madera una mano de pintura negra.

Bajo los pies de Cristo una calavera y, bajo ella, en actitud orante una afligida imagen de la Virgen, rosario en mano y ataviada con túnica blanca y manto negro. La cruz en cuestión (que figuró en la exposición «La Ciudad

en lo alto», realizada en Caravaca. Cajamurcia 2003), procede de una pequeña ermita que antaño estuvo ubicada donde ahora se encuentra la Central Térmica. Parece ser que con el tiempo, la pieza fue a parar a la parroquia de la Stma. Trinidad de la localidad de Escobrerias y después, vía Obispado, al lugar donde se encuentra en la actualidad.

La cruz en cuestión, según afirma el capellán castrense Francisco Candel Crespo, se sacaba en procesión por las gentes del mar, cada tres de mayo (antigua fiesta de la Invención de la santa Cruz hoy desaparecida del calendario litúrgico y sólo celebrada en ambientes populares), con un sudario blanco prendido del palo mayor transversal. En la procesión aludida figuraban, también, una imagen de la Virgen del carmen y una Inmaculada Concepción.

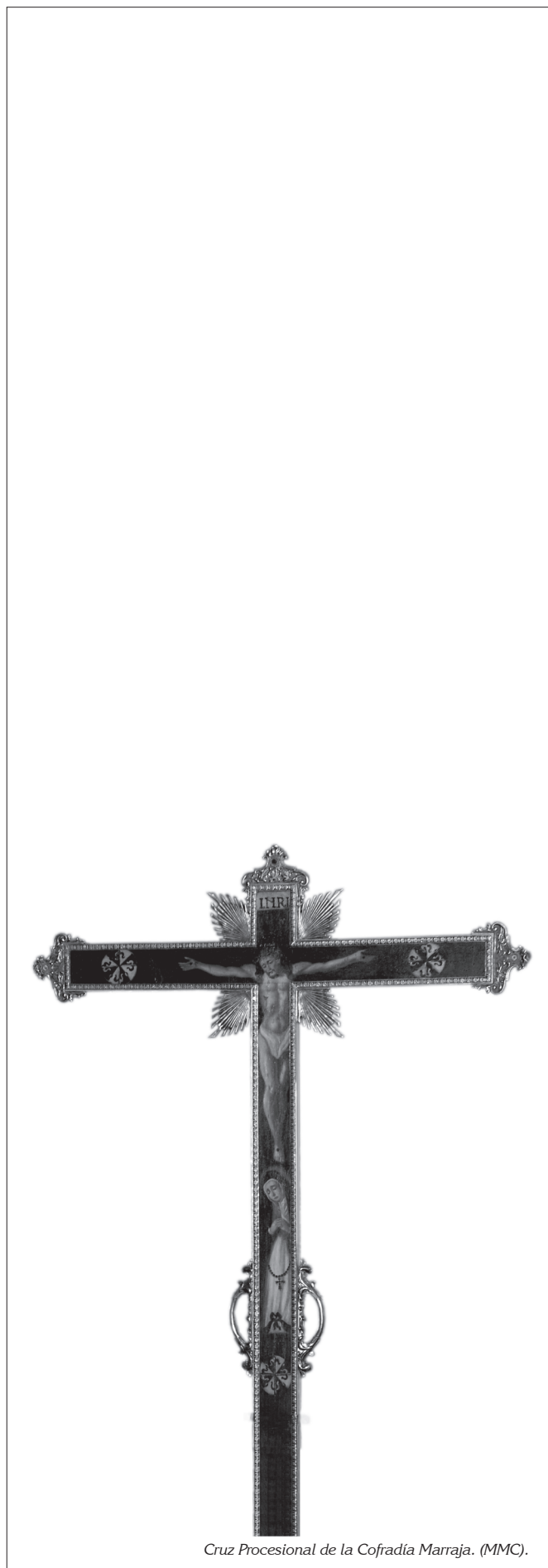
Como es sabido, a la Cruz de Caravaca se la ha invocado secularmente por los pescadores y gentes todas relacionadas con el mar, así contra las tempestades, terremotos y maremotos, quizás por la vinculación de la Cruz a la muerte de Cristo durante al tarde del primer Viernes santo de la historia, en que los Evangelios narran el terremoto y el eclipse de sol (entre otras cosas) que siguieron al momento de expirar el Redentor. Durante el Renacimiento (a partir del Concilio de Trento), y sobre todo durante el Barroco, la devoción a la Cruz de Cristo y a sus trozos , repartidos como reliquias de la misma por todo el mundo, se extendió por todo el Occidente de Europa, trascendiendo la misma a las nuevas tierras de América, a donde los misioneros franciscanos y jesuitas (por este orden), llevaron la imagen de la Cruz de Caravaca, prendiendo muy pronto en el devocionario popular indígena precisamente por lo castigadas que aquellas tierras siempre han estado por los fenómenos naturales ante cuya agresividad en hombre se siente impotente y sólo resta encomendarse a la misericordia divina.

Las gentes del mar, pués, desde el S. XVI hasta el laicismo contemporáneo, se han encomendado a la Cruz de Caravaca (como reliquia más cercana geográficamente de la Cruz de Cristo), cuando las tormentas marinas amenazaban a los hombres que en él faenaban. Por lo que no es extraño la veneración a dicha imagen de la cruz que nos ocupa, y su presencia en la sencilla procesión popular celebrada cada tarde del tres de mayo en la localidad cartagenera de Escombreras.

De esta imagen sólo se sabía lo dicho hasta aquí hasta que mi buen amigo y colega José Francisco López Martínez me hizo notar la similitud iconográfica de la Cruz de Escombreras (hoy en Caravaca), con la cruz procesional de la Cofradía marraja, que cada año pone en la calle la magna procesión del Santo Entierro en la siempre solemne noche del Viernes Santo.

La Cruz procesional marraja es de dimensiones mayores que la de Escombreras. También está fabricada en madera de pino y sobre al superficie de su anverso pende la imagen de Cristo Crucificado, pintada al óleo sobre imprimación de la madera. Bajo los pies de Cristo (sin calavera como en la anterior), también una imagen afligida de María, en actitud orante, con rosario pendiente de sus manos, y ataviada con túnica blanca y manto negro.

El programa iconográfico decorativo es más rico en la Cruz Marraja ya que, además de la cartela con el INRI, de la que carece la de Escombreras, incorpora el emblema dominico, repetido a ambos lados de las manos del redentor, aportando un ligero cromatismo al espacio oscurecido existente entre el remate del palo transversal y la citada mano de Cristo.





La Cruz de Escombreras en el Museo de la Vera Cruz, Caravaca. (JFL).

La iconografía de Cristo, muerto, y de María, su madre, son muy similares en ambas piezas y la indumentaria de ésta idéntica incluso en la disposición de las manos y en la colocación del rosario, que cuelga amplia y ostensiblemente sobre la superficie blanca de la túnica.

El origen de la Cruz Marraja es, sin duda, dominico. El emblema repetido lo delata, y también la indumentaria de María que, aunque podría pensarse es la propia de la representación plástica de la «Soledad» (túnica blanca con toca del mismo color, y manto negro riguroso), también es la indumentaria tradicional dominica, tanto en la segunda como en la primera orden.

Aún a riesgo de equivocarme, la Cruz marraja la sitúo cronológicamente en los años finales del S. XVI o en los primeros del S. XVII, vinculándola a la órbita de Francisco Aguilar, mientras que la de Escombreras es una copia de ésta, de factura más tosca, obra de un artista popular, con las características propias del gusto del primer barroco, tan dado a ensangrentar el cuerpo moribundo o recién muerto de Cristo. Aunque incorpora la calavera al programa iconográfico, en la de Escombreras se omiten los emblemas dominicos, quizás por no ser ya factura encargada por los frailes de esta orden. Entiendo que la forma de cruz patriarcal o de Caravaca de la de Escombreras, le viene por su vinculación al mundo del mar y de su protección sobre sus gentes en momentos de tormentas, vendavales y otros desastres naturales; y su iconografía por el conocimiento y preferencia de la Cruz Marraja, incorporando ésta a su espacio vertical, sin el INRI y con una calavera que recordaba el «Gólgota». Para evitar la pesadez monocroma en un espacio a decorar mucho más amplio que en la marraja, además del carácter festivo de aquella (no pensada para la semana Santa sino para su uso en el ciclo de la Pascua), de la dotó de una ligera y tosca decoración de cinta, que recorre los espacios libres donde no hay representación emblemática ni de la figura humana.

Una y otra cruz forman parte de un mismo criterio iconográfico, de origen dominico y con proyección diferente en el ámbito litúrgico en el que cada una es utilizada, que tienen su proyección, en el tiempo y en el espacio, en piezas de menor tamaño usadas en las celdas conventuales y monásticas a lo largo de los siglos XVII y XVIII, dispuestas sobre la cabecera de la cama de los frailes y monjes. Cruces también de madera, de tipología latina, en las que, sobre el fondo oscuro, se representa la imagen del redentor, bien durante los últimos momentos de su vida, o bien tras su muerte. Todas ellas, encabezadas por la marraja y la de Escombreras (hoy en Caravaca), por el tamaño y la calidad estética de sus representaciones, componen un conjunto artístico nada desdeñable en la Historia del Arte regional.

JOSÉ ANTONIO MELGARES GUERRERO
Cronista Oficial de Caravaca

LA MÚSICA DE LAS AGRUPACIONES MARRAJAS



(MRC).

V - Agrupación de San Juan Evangelista

Al igual que hemos visto con otras imágenes que ya procesionaban en las procesiones marrajas antes de la fundación de las agrupaciones, tampoco existe constancia de la dedicatoria expresa de marchas a la Agrupación de San Juan Evangelista, si bien y en este caso sí podemos encontrar que la tradición liga a su paso dos composiciones de larga historia en nuestras procesiones: *'San Juan'* y *'Dolorosa'*.

La primera de ellas, la que todos hemos conocido siempre como **'San Juan'** nos desvelaba hace unos años algunos aspectos tan sorprendentes como desconocidos sobre su autoría y su nombre mismo. Así sucedió al encontrar el Director de la banda del Patronato Musical Aguileno «Francisco Díaz Romero», Juan Rojo García, unas partituras firmadas en 1891 que correspondían a esta marcha, ⁽¹⁾ pero en las que el título era distinto, pues figuraba, sin ningún género de dudas, como **'El Destierro. Marcha Fúnebre'** por V.Victoria.

Poco se ha podido averiguar hasta el momento sobre la dedicatoria de la marcha, o sobre su composición. Por el contrario, y poco a poco, vamos sabiendo algo más con respecto a su autor.

Vicente Victoria Valls, había nacido en Alcoy (Alicante) el 19 de Abril de 1846. Ingresó como músico en el Ejército de Tierra con tan sólo 13 años, en 1859, ejerciendo como soldado músico en el Regimiento de Infantería Mallorca nº13 de guarnición en Cataluña ⁽²⁾ hasta 1870 en que pasa a la reserva. A partir de ahí, y al no conservarse la que debió ser una segunda Hoja de Servicios como Músico Mayor, investigar su carrera es algo más complicado. Gracias a la investigación llevada a cabo por Ignacio Rodríguez Planas ⁽³⁾ sabemos que a finales de la década de los setenta del siglo XIX era Músico Mayor en el Regimiento de Infantería Asia nº59, de guarnición en Tarragona y Gerona. Aproximadamente en 1880 cambia de Regimiento, pasando a ser Músico Mayor del Guipuzcoa 57, en Barcelona, hasta que en 1888 se sitúa al frente de la



(AB).

Música del Regimiento de Infantería Sevilla 33, de guarnición en Cartagena. En nuestra ciudad permanecerá hasta que en 1897 solicita de forma voluntaria su retiro ⁽⁴⁾, marchando a vivir a Barcelona ⁽⁵⁾.

Desconocemos cuándo y porqué cambia la marcha su nombre, si bien debió ser muy al principio de su interpretación, tal y como atestigua el hecho de que ya en 1917, la marcha ya es mencionada como 'San Juan' por la prensa de Cartagena ⁽⁶⁾. Tampoco es necesario ahondar en cómo se ha convertido en una referencia fundamental en el patrimonio musical de los sanjuanistas, en una y otra cofradía.

De su autor no conocemos más marchas de procesión, tan sólo algunas obras que dan muestra de que debió ser un compositor prolífico: el pasodoble 'Fantoche', alguna polka o la instrumentación de la marcha militar 'Austria y España' compuesta por Conrado Abelardo Fontova.

La segunda de las marchas que forman parte del sonido de los tercios de San Juan es '*Dolorosa*', compuesta en 1925 por el músico murciano, afincado en Madrid, Antonio San Nicolás Expósito (1881-1930). Al igual que sucedía con la anterior, no conservamos constancia de su dedicatoria, ni siquiera de que fuera compuesta para la Semana Santa de Cartagena. Sí que es un hecho contrastado que desde el mismo momento de su publicación en 1925 en la revista «Harmonía», comienza a sonar en nuestras procesiones, especialmente en la de la Madrugada, tal y como atestigua el Maestro Torres en el artículo que publica con motivo del veinticinco aniversario del Santo Amor de San Juan: «*Antes de terminar, solo recordaros que las ya famosas y conocidas marchas 'Dolorosa' – que yo estrené en mi juventud, 1925...*». ⁽⁷⁾

'*Dolorosa*' es una marcha de gran raigambre en Cartagena. Aunque existe constancia de que se interpreta en otros lugares de España en los que incluso ha sido grabada, es improbable que en ningún sitio haya alcanzado la vinculación que hoy encontramos con ella en la procesión del Encuentro. Buena muestra de ello sería, por ejemplo, la de las letras populares que se le han puesto, no exentas de cierto grado de bordería:

«*Cleto, Orencio y Pérez-Campos ⁽⁸⁾
con el Hermano Menor
se refugian de la lluvia
metiéndose en un portón*».

«*Ya se han muerto los marrajos,
ya los llevan a enterrar.
Entre cuatro californios,
la lluvia y el tronar*».

Aunque obviamente los marrajos –y los sanjuanistas– daban la réplica:

*«Ya vienen los sanjuanistas,
míralos que bien que van,
van marcando bien el paso,
con aire señorial».*

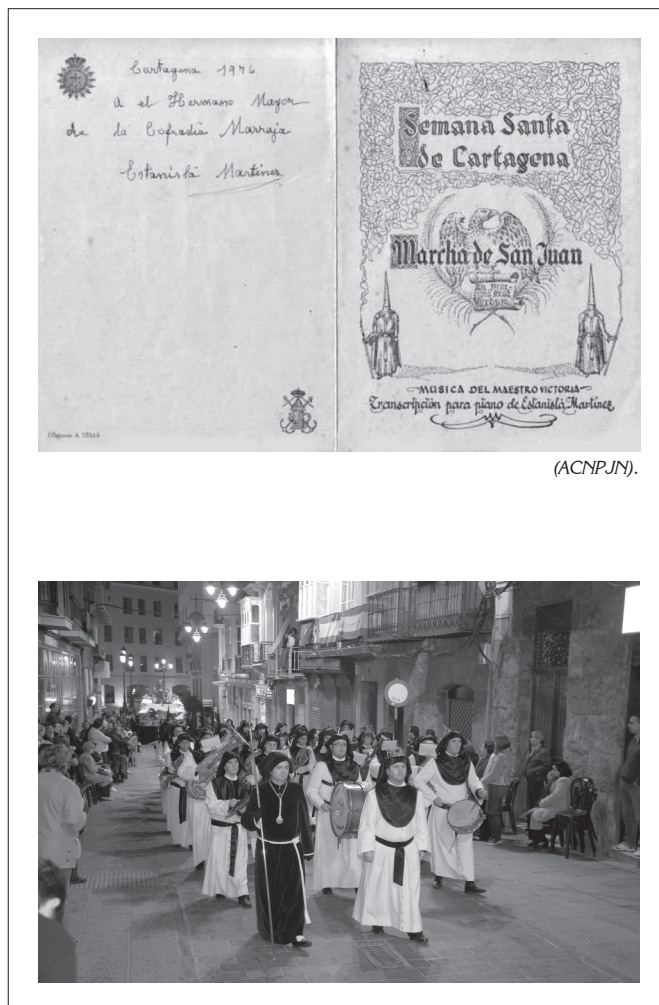
Con todo y como digo, no podemos afirmar a ciencia cierta que Antonio San Nicolás escribiera esta marcha para la Semana Santa de Cartagena. San Nicolás fue un buen músico, pero no estuvo llamado a la senda del éxito. Trabajó sobre todo como «negro literario», poniendo su creatividad al servicio de otros que se llevaban fama y fortuna, aunque como habrían de reconocer a su muerte, el concurso de este músico murciano, criado como huérfano en la Casa de Misericordia, debió serles fundamental.

El infortunio persiguió a Antonio San Nicolás a lo largo de toda su vida, incluso tras su fallecimiento, a los cuarenta y nueve años y a consecuencia de una aortitis. Dos años más tarde, su familia –viuda y cuatro hijos pequeños– que habían quedado desamparados tras la muerte del autor, que trabajaba como empleado de la Sociedad de Autores, fueron desahuciados por el retraso en el pago del alquiler, momento en el que se pierde la pista del archivo musical de San Nicolás.

Ambas marchas forman la columna vertebral de la música en San Juan, aunque a lo largo de los años se han tocado otras, como es el caso de ‘Macarena’, de Emilio Cebrián (1943) que sonó bastante con los tercios de esta agrupación en los años sesenta y setenta del pasado siglo.

Curiosamente no sería hasta 1976 cuando la Agrupación de San Juan Evangelista incorporó a su patrimonio la primera marcha de las que existe constancia de dedicatoria expresa a la misma. Se trata de ‘El Discípulo Amado’, compuesta por José Torres Escribano tras una promesa efectuada a su buen amigo y sanjuanista Juan Pérez Campos,

Un año después de su estreno, en 1977, el propio autor la describía así: *«Los temas de mi marcha son muy cartageneros en su estructura musical. La introducción son unas notas de metal y saxos como buscando al Maestro. Responde el fuerte de la trompetería con unas llamadas, que efectivamente indican que el Maestro está allí. Tras el desarrollo de la composición se suceden varios temas como motivo principal, para culminar con una melodía de madera – clarinetes, oboes y saxos – que con una dulzura extraordinaria nos muestra al Maestro, al gran Jesús. El final de la Marcha es muy espectacular y de la que suele gustar al melómano».* ⁽⁹⁾



(ACNPJN).

Con el tiempo, y sin desplazar de su lugar a las piezas preponderantes en el repertorio sanjuanista, ‘El Discípulo Amado’ se haría un hueco en éste, siendo considerada hoy como una de las mejores marchas salidas escritas por el popular Maestro Torres (1910-2004), un músico que aun nacido en Santomera desarrolló toda su carrera en nuestra ciudad, a la que estaba unido por profundos vínculos, y en la que compuso infinidad de marchas procesionales.

La última de las marchas en incorporarse al patrimonio sanjuanista sería ‘El Santo Amor de San Juan’, compuesta en 2003 por el músico cartagenero Guillermo Soto Valero y que desde entonces suena cada Sábado Santo al paso del más joven de los tercios sanjuanistas.

El profesor y compositor Guillermo Soto estrena con ella la primera de las composiciones que haría para los marrajos –y para la Semana Santa cartagenera–, sumando a ésta, un año más tarde la marcha que dedicó al Santo Entierro.

Pero no bastaría con la enumeración de las marchas que componen el elenco musical de los sanjuanistas para hacerse una idea de la importancia que éstas tienen en el desarrollo de la procesión.



(MRC).

Para los componentes de esta agrupación, la música es un factor ligado al orden no sólo durante el desfile, sino como parte esencial del mismo. La música es condicionante básico para la salida sincronizada de tercio y trono, aunque ello haya supuesto en algunos momentos la no interpretación completa de las marchas.

De igual modo un estudio sobre la música de la Agrupación de San Juan no puede obviar la mención a la Unión Musical Torrevejense, que desde 1935 ha acompañado cada Viernes Santo a los tercios sanjuanistas –desde 1966 de forma ininterrumpida-⁽¹⁰⁾ y que es hermana de honor de la Agrupación.

La Unión Musical Torrevejense se constituyó en la cercana localidad alicantina de Torrevieja en 1927, si bien sus antecedentes se remontan a 1842. Su director es el músico valenciano Jaime Belda Cantavella, muy unido también a Cartagena, que compagina la dirección de la formación torrevejense con la de la banda de música cartagenera Saucos.

AGUSTÍN ALCARAZ PERAGÓN

BIBLIOGRAFÍA:

GUILLÉN PÉREZ, Miguel Alberto. «La Marcha de San Juan o del Destierro». Revista Arriba el Trono, nº12. Ed. Agrupación de Portapasos Promesas de la Santísima Virgen de la Piedad (Marrajos). Cartagena, 2005.

GARCÍA SEGURA, Alfredo. «Músicos en Cartagena. Datos Biográficos y Anecdóticos». Ed. Ayuntamiento de Cartagena y Sociedad General de Autores. Cartagena, 1995.

LANZÓN MELÉNDEZ, Juan. 'La Música en la Pasionaria Cartagenera'. 1991.

LANZÓN MELÉNDEZ, Juan. 'La Música en Murcia a partir de la Guerra Civil Española'. 2001.

TORRES ESCRIBANO, José. 'Amistad. (El Discípulo Amado)'. En el libro del 25 aniversario del grupo del Santo Amor de San Juan. Cartagena, 1977.

NOTAS:

⁽¹⁾ **GUILLÉN PÉREZ, Miguel Alberto.** «La Marcha de San Juan o del Destierro». Revista Arriba el Trono, nº12.

⁽²⁾ En la época en que Vicente Victoria estuvo destinado allí residió en Barcelona, Lérida, Gerona, Figueras, Palma de Mallorca, Morella (Castellón) y durante un corto período de tiempo en Valencia y Madrid.

⁽³⁾ www.patrimoniomusical.com

⁽⁴⁾ **El Diario de Murcia**, 5 de junio de 1897

⁽⁵⁾ **La Vanguardia**, 3 de noviembre de 1901

⁽⁶⁾ **El Porvenir**, 3 de Abril de 1917

⁽⁷⁾ «Amistad». Artículo publicado en el libro del 25 Aniversario del 'Santo Amor de San Juan'. 1977.

⁽⁸⁾ Se refiere a los que fueron Comisarios Generales de los 'marrajos' Cleto Sanz Miralles, Orencio Bernal Blázquez y Juan Pérez-Campos Piernas.

⁽⁹⁾ «Amistad». Artículo publicado en el libro del 25 Aniversario del 'Santo Amor de San Juan'. 1977.

⁽¹⁰⁾ www.sanjuanmarrajo.org

D. SALVADOR SANFULGENCIO NIETO

Nuestro protagonista nació en Cartagena en 1910, abogado de profesión, ejerció la docencia como profesor de Derecho del Trabajo en la Universidad Complutense de Madrid y en la Escuela de Graduados Sociales de la capital. Fue director de la Revista de Divulgación Social, Letrado Sindical Mayor y autor de múltiples monografías y libros sobre el Derecho Laboral. Contrajo matrimonio en nuestra ciudad con Eulalia Gutiérrez Bercero, hija del prestigioso médico cartagenero D. José Gutiérrez Gutiérrez, e inmediatamente trasladó su residencia a Madrid. Allí formó una familia integrada por sus dos hijos Sergio, que es físico, y José Antonio que heredó la vocación jurídica de su padre. Precisamente a éste último le tengo que agradecer la amable cesión de las fotografías de su difunto padre que ilustran este artículo. Otra

muestra del cartagenerismo del Sr Sanfulgencio fue el hecho de que fuera vocal en la primera directiva de la Cofradía de la Virgen de la Caridad con sede en la capital.

El motivo fundamental que me ha impulsado a dedicarle este artículo, no es otro que la gran labor desarrollada por él para que la Semana Santa de Cartagena fuera conocida en toda España. Y ello fue posible gracias a su papel como colaborador de la prensa madrileña, función que también realizó en la prensa de su ciudad natal. Él mismo se encargó en 1945 de elaborar un extracto de sus intervenciones, encaminadas desde 1930 a darle la propaganda y difusión necesarias a nuestras procesiones. Por su interés y para la valoración de los lectores, he creído conveniente reproducir el citado extracto:

Título del Artículo o Conferencia	Órgano de Prensa o Emisora	Fecha
"Opúsculo"	"La Voz de C. Caminos"	1 - 03 - 1930
"Nuevo presidente honorario de la Agrupación de la Agonía"	"El Porvenir"	6 - 03 - 1931
"De procesiones"	"El Porvenir"	25 - 03 - 1934
"Marrajos y Californios"	"Unión Radio"	16 - 04 - 1935
"Las fiestas de la Semana Santa en Cartagena"	"Informaciones"	2 - 03 - 1942
"La Semana Santa en Cartagena"	"Informaciones"	14 - 03 - 1942
"Evocación"	"El Noticiero"	17 - 03 - 1942
"Las famosas procesiones de Cartagena"	"Madrid"	2 - 03 - 1942
"Reflejos"	"El Noticiero"	30 - 03 - 1942
"Proceso de Jesús"	"El Noticiero"	30 - 03 - 1942
"Las Cofradías de Cartagena: Marrajos y Californios"	"Semana"	7 - 04 - 1942
"La propaganda, Cartagena y su Semana Santa"	"El Noticiero"	15 - 04 - 1942
"La Semana Santa en Cartagena. Desfiles majestuosos entre demostraciones de fe, luces y flores. Las Cofradías"	"Radio España"	23 - 03 - 1942
"Procesiones de Cartagena"	"Madrid"	2 - 04 - 1942
"Cartagena y su Semana Santa"	"Madrid"	10 - 03 - 1943
"Semana Santa en Cartagena"	"Madrid"	14 - 04 - 1943
"Semana Santa en Cartagena"	"Madrid"	16 - 04 - 1943
"Semana Santa en Cartagena"	"Madrid"	22 - 04 - 1943
"...Y llegó la realidad"	"El Noticiero"	19 - 03 - 1943
"Todo se ha cumplido"	"El Noticiero"	19 - 04 - 1943
"Crucifixión"	"El Noticiero"	19 - 04 - 1943
"Una exposición de artesanía y la Semana Santa cartagenera"	"El Noticiero"	26 - 11 - 1943
"Evocaciones cartageneras: Marrajos y Californios"	"Radio España"	1943
"La Semana Santa en Cartagena"	"Madrid"	18 - 03 - 1944
"Cartagena y su Semana Santa"	"Madrid"	27 - 03 - 1944
"Cartagena y su Semana Santa"	"Ya"	26 - 03 - 1944
"Cartagena y su Semana Santa"	"Informaciones"	27 - 03 - 1944
"Cartagena y su Semana Santa"	"Arriba"	28 - 03 - 1944
"Tríptico de Pasión"	"El Noticiero"	5 - 04 - 1944
"La I Exposición de Pinturas Artistas Noveles"	"El Noticiero"	8 - 04 - 1944
"Evocaciones Cartageneras"	"Radio España"	30 - 03 - 1944
"Informe a la Comisión de Festejos de Cartagena"		Agosto 1944
"De procesiones"	"El Noticiero"	6 - 03 - 1945
"Educación y Descanso de Madrid y la Semana Santa cartagenera"	"El Noticiero"	8 - 03 - 1945
"Cartagena y su Semana Santa"	"Madrid"	12 - 03 - 1945
"Escenarios emotivos de los días de Pasión"	"Domingo"	1 - 04 - 1945
"Los productores madrileños y la Semana Santa en Cartagena"	"El Noticiero"	21 - 03 - 1945
"Mística y Estética del Jueves Santo en Cartagena"	"Radio España"	21 - 03 - 1945
"Cartagena y su Semana Santa"	"ABC"	27 - 03 - 1945
"Cartagena y su Semana Santa"	"Informaciones"	14 - 03 - 1945
"Semana Santa española"	"Madrid"	20 - 03 - 1945



Para conocer mejor el buen hacer y la forma de pensar del Sr Sanfulgencio, emprendí la búsqueda de algunos de los artículos que citaba en el mencionado extracto. Desgraciadamente algunos de ellos no me ha sido posible encontrarlos, al no conservarse la hemeroteca, pero otros afortunadamente sí he tenido el placer de leerlos. También se ha dado el caso de encontrar el recorte de un escrito suyo, no mencionado en este listado, y que figura como ilustración de este artículo. Mucho se ha dicho sobre los tres pilares fundamentales de nuestros desfiles, luz, orden y flor, pero sin duda este párrafo perteneciente al mencionado escrito las condensa de una manera digna de elogio: *«En primer lugar, el recogimiento de que da muestra toda la ciudad se contagia a los que la visitan, dando lugar a un orden no igualado en los desfiles de otras poblaciones. El paso disciplinado y firme de sus tercios, el silencio solo alterado por las notas que*

escapan de las orquestas y bandas que acompañan a los «tronos», la rítmica del cortejo salpicado por miles de luces eléctricas que adornan con toda la gama de los colores de los hachones de los nazarenos y el especial montaje electrolumínico instalado en cada «paso», se aunan en una sensación de fe y religiosidad, que es sufrir en el recuerdo, mezclada con esa realidad maravillosa y única de las tonalidades multicolores que en las calles de la ciudad originan el reflejo en el raso de las túnicas y capas o en el tisú de oro y plata de sus bordados o las luces infinitas que adornan estos cortejos entre vergeles de flores que aromatizan la atmósfera de azahares y perfumes de nardos, rosas y claveles y toda una variedad de la floricultura, levantina, mezclada en lo alto con las plegarias que se escapan del pecho de los creyentes en un mimetismo de amor y hermandad».

r y una
ata y tres
; cuatro,
ura gene-

por sen-
y oidores
dolid, da-
le diciem-
tutoria de
Majestad,
uenos pe-
rmas: Es-
ro puesta
as de gu-
s de oro,
acompa-
ntes de la

lestero y
de León,
al ascen-
o antiguo
dicho rei-
inco rosas

Consulta

alt, Barre-
Mediavilla,
illó, Cid,
ier, Bote,
ai, Pastor,
a, Zapata,
Budía, Fe-
pallero, Gi-
ra, López
illón, Ren-
alar, Afán
esgaña, La-
ta, Izurra-
rdoz, Jara-
Alfós, Ace-
Bolaño, Be-
pelo, Casa-
pinosa, Es-
airén, Gui-
ido, Gigan-
Gallo, Gi-
da, Heras,
Jara, Jor-
na, Lázaro,
nares, Llu-
nz, Morla,
chola, Mas-
ez, Navazo,
roso, Pérez,
Plaza, Pri-
e la Pesga-
pla, Olzola,
Raizabal,
rez de Are-
Salanova,
ero, Tutó,
ca, Torre-
la, Vallejo,
a, Viguera,
Zorita, Zo-
7 7 .

MOTIVOS



Cartagena, la primitiva Mastia y contemporánea, según dice Costa en sus «Estudios Ibéricos», de Sagunto (siglo XIV A. de J. C.), la que compartió con Tarragona la capitalidad de la provincia Citerior, en época romana; ciudad en la que se proclamó emperador Galba y fué calificada durante la dominación musulmana de magnífica y atractiva por Ben-Al-Guardi y Xeif-Al-Edrisi; la nueva Covadonga de la independencia patria cuando la invasión francesa y elogiada por Virgilio; la patria de santos, héroes y mártires vibra en los días de Semana Santa con todo el entusiasmo de su bagaje histórico y su sincera religiosidad.

Por si fuera poco el legado que guarda entre sus muros demostrativos de su grandeza y de su acendrado espíritu patriótico, ofrece también la capital de la antigua provincia cartaginense el encanto de su cielo purísimo, de un azul tan intenso como el mar que diariamente la saluda con salmos de paz al besar sus acantilados, el cual muestra cada mañana su alegría al verla, erizando su superficie con ondas sutilísimas festoneadas de espuma, símbolo, al mismo tiempo, de pleitesía por el abrigo que le deparan los montes que en derredor del puerto se yerguen.

No ha sido sólo la Historia la que ha recogido entre sus páginas los actos llevados a cabo por esta ciudad a través de los tiempos, dando a conocer con esto su psicología temperamental que la define con peculiares características. La literatura ha captado, valiéndose de sus escritores más representativos, no sólo lo atrayente y que pudiera ser eventual al mismo tiempo que lo cotidiano y permanente que se exhibe sin alardes estentóreos en el caminar de los días. He aquí cómo Cervantes, en su «Viaje al Parnaso», refleja la impresión del puerto:

... .. puerto.
A quien los de Cartago dieron nombre,
cerrado a todos vientos y encubierto;
a cuyo claro y singular renombre
se postran cuantos puertos el mar baña,
descubre el sol y ha navegado el hombre.

Esta ciudad marinera y agrícola, con campos ubérrimos; esta ciudad levantina y andaluza, con sus calles señoriales, comerciales y emotivas de balcones repletos de flores que crecen en tiestos cuidados con cariño por manos femeninas, poseedoras de ojos de sultana, atrayentes y luminosos como el ambiente; esta ciudad acogedora, hospitalaria y alegre, que ve en la Virgen de la Caridad a la madre cariño-

sa y siempre dispuesta a proteger a sus hijos; esta ciudad compendio de amores y de risas, fe y sentimiento, se viste de luto en sus expansiones y deseos, viviendo sólo pendiente de la tétrica tragedia del Mártir del Gólgota.

La exteriorización de las escenas evocadoras de la muerte de Jesús y su crucifixión y resurrección, encuentra en este rincón levantino el más fiel reflejo y los desfiles de los «pasos» por las calles de la ciudad despiertan la admiración de cuantos los contemplan, ofreciendo esta ciudad en su Semana Santa un espectáculo no superado por ninguna otra.

En primer lugar, el recogimiento de que da muestra toda la ciudad se contagia a los que la visitan, dando lugar a un orden no igualado en los desfiles de otras poblaciones. El paso disciplinado y firme de sus tercios, el silencio sólo alterado por las notas que escapan de las orquestas y bandas que acompañan a los «trenos», la rítmica del cortejo salpicado por miles de luces eléctricas que adornan con toda la gama de los colores de los hachones de los nazarenos y el especial montaje electrolumínico instalado en cada «paso», se aúnan en una sensación de fe y religiosidad, que es sufrir en el recuerdo, mezclada con esa realidad maravillosa y única de las tonalidades multicolores que en las calles de la ciudad originan el reflejo en el raso de las túnicas y capas o en el tisú de oro y plata de sus bordados las luces infinitas que adornan estos cortejos entre vergeles de flores que aromatan la atmósfera de azahares y perfumes de nardos, rosas y claveles y toda una variedad de la floricultura, levantina, mezclada en lo alto con las plegarias que escapan del pecho de los creyentes en un mimetismo de amor y hermandad.

Cartagena, la histórica Julia Victrix Nova Carthago, la del condado de Aurariola, enriquecida en su potencial marítimo por la protección de sus majestades Fernando VI y Carlos III; la patria de sabios, poetas y conquistadores, envuelta con las evocaciones de las escenas del Gólgota y olores de incienso, da a conocer la vivificación de la sublime tragedia que se desliza paso a paso y minuto a minuto como película de ensoñación, por entre sus calles ahora silenciosas y alegres en el Domingo de Resurrección, con las notas que emanan de las campanas al anunciar la profecía del Mesías.

6. SANFULGENCIO NIETO

En su artículo «La propaganda, Cartagena y su Semana Santa», publicado el 15 de Abril de 1942, hay un párrafo en el que expone los motivos que le llevaron a actuar de propagador de nuestra Semana Grande, diciendo: *«El afecto y cariño hacia mi ciudad natal, más fuerte a medida que los años de ausencia aumentaban, me hizo sentir la inquietud de contribuir con mi esfuerzo al conocimiento de todo aquello que muchos ignoraban de nuestra tierra, sin más títulos que mi condición de cartagenero y español»*. Y en el mismo artículo, que a juzgar por las similitudes bien podría haberse escrito hoy, trataba el eterno tema de la falta de publicidad de nuestros desfiles y refiriéndose a los años treinta lo expresaba así: *«cuando se pregonaban los desfiles de los «pasos» en otras tantas ciudades, la voz de aquí fuera de un pequeño recinto donde se oyera su eco, permanecía extinguida para los que nos hallábamos lejos de la patria chica. El periódico «ABC» se quejaba en artículos que conservo de la escasa propaganda que habían hecho sus organizadores de las magníficas procesiones»*. Y no le faltaba razón pues hoy, ochenta años después, el debate sigue siendo el mismo y la sensación de falta de protagonismo de Cartagena en la escena pasionaria nacional es exactamente igual.

Del diverso material encontrado referente a las diferentes gestiones que llevó a cabo el Sr Sanfulgencio, llama la atención un informe resumen con fecha 28 de Marzo de 1945.

Y llama la atención porque deja entrever las dificultades que encontró D. Salvador para llevar a cabo algunas de las actividades que proponía. Dificultades que no eran puestas en Madrid si no que lamentablemente tenían su origen en tierras cartageneras. Por ejemplo en materia radiofónica debía celebrar una conferencia en Radio Nacional y ésta no pudo llevarse a efecto al no recibir a tiempo los discos que había demandado a Cartagena. Otro tanto le pasó con una revista y aquí dice *«aún cuando solicité con anticipación diversas fotografías para la inserción de un reportaje en una revista madrileña, aquellas llegaron después de estar confeccionado el número del Domingo de Ramos, fecha en que aquél había de salir»*. No obstante el retraso sufrido, el reportaje modificado apareció en el semanario «Domingo» y las fotos fueron distribuidas para su publicación en los diarios «ABC», «Alcázar», «Pueblo» e «Informaciones».

Pero no todo fueron contratiempos en la promoción de nuestra Semana Santa por tierras madrileñas, y sirva como ejemplo la fantástica labor realizada en 1945. Bajo el epígrafe denominado «Exposición de Escaparates», afirmaba nuestro propagandista que *«en cuatro lugares distintos ha aparecido, bajo esta forma, propaganda de Cartagena intercalada con las figuras de sus tercios y penitentes. Sin embargo, sólo en Educación y Descanso y en la Renfe es donde los escaparates han estado dedicados*

exclusivamente a Cartagena, exponiéndose juntos a los carteles anunciadores, las figuras citadas, folletos y fotografías en tamaño grande de los desfiles». Ello fue posible gracias al envío desde Cartagena de 27 figuras en madera y carteles anunciadores remitidos por D. Joaquín Moncada Moreno, a la sazón secretario de la Comisión Municipal de Festejos. Muy destacada en la prensa local fue la visita de un grupo de productores madrileños de la organización sindical «Educación y Descanso» que vinieron a contemplar nuestras procesiones.

Otro de sus artículos trató sobre un tema también de actualidad, como el siempre anhelado Museo de Semana Santa de Cartagena, para el que llegó a proponer una ubicación que estaba muy bien pensada. Corría el año 1945 y la Iglesia de Santa María de Gracia tras haber sido destruida en la Guerra Civil afrontaba su reconstrucción de la mano del arquitecto cartagenero Lorenzo Ros Costa. Según el Sr Sanfulgencio *«aprovechando las obras que se realizan en la Iglesia de Santa María de Gracia se cree un Museo en donde se expongan los objetos más salientes que se exhiben en los desfiles procesionales, ya que en él podrían ver con más detenimiento los bordados, la riqueza imaginera y otros objetos que sólo se contemplan brevemente al paso de la procesión»*.

Sería interminable la narración de todo lo que este cartagenero ausente de su tierra, pero que la llevaba en el corazón, realizó para que nuestra Semana Grande fuera conocida más allá de nuestras fronteras. Lo que sí creo que es obligado y ha sido mi intención con este artículo, es rendir homenaje y dar a conocer la figura de nuestro paisano, que de forma altruista trabajó por y para la difusión y propaganda de nuestras procesiones. Y por ello he querido terminar este artículo, reproduciendo y haciendo mío, el agradecimiento que le tributaba D. Joaquín Moncada al finalizar la Semana Santa de 1946 y que decía así:

«Mi querido y buen amigo: una vez que se terminaron las cosas de festejos, quiero manifestarle con el mayor gusto que tanto el señor alcalde como la Comisión municipal de Festejos, ha agradecido en lo que vale su entusiasta gestión a favor de nuestras incomparables Procesiones y Fiestas de Semana Santa, poniendo una vez más de manifiesto su amor a la Ciudad natal y su gran actividad, puesta siempre al servicio de lo que redunde en beneficio de la misma»

JUAN IGNACIO FERRÁNDEZ GARCÍA

FUENTES:

Archivo Municipal de Cartagena, Caja Histórica 1462.
Testimonio José Antonio Sanfulgencio
www.iglesiacaridadcartagena.org

250 ANIVERSARIO DEL ENCUENTRO EN LA PLAZA DE LA MERCED

Con motivo del 250 aniversario de la celebración del Encuentro en la plaza de La Merced, la Cofradía Marraja organizó un ciclo de conferencias desarrollado entre los días del 15 al 17 de marzo en el Aula de Cultura de la CAM. En las siguientes páginas se recoge un resumen de cada una de las tres conferencias.



1761: EL ENCUENTRO EN EL ARRABAL DE SAN DIEGO



Antigua imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno. (ACNPJN).



Antigua imagen del Retablo Marrajo. (ACNPJN).

Los marrajos, quizá basados en el hecho de que desconocemos la fecha y circunstancias que rodearon el origen de la Cofradía, hemos argumentado en muchas ocasiones que no tenemos datos suficientes acerca de nuestra Historia. Siendo cierto que el Archivo de la Cofradía desapareció en el transcurso de la Guerra Civil, no es menos cierto que la labor de investigación llevada a cabo a lo largo de los últimos años nos ha permitido hacernos una idea muy aproximada de nuestro pasado, y que aunque nuestra curiosidad nunca se verá satisfecha del todo, podemos recorrer sin excesiva dificultad un apasionante sendero: el de la historia de la cofradía más antigua de Cartagena, la de Jesús Nazareno, la de los marrajos.

Con todo, a la hora de abordar las circunstancias que llevaron a nuestros antecesores a trasladar en 1761 el lugar de celebración de la función principal del Paso de la Amargura desde la plaza Mayor a la de la Merced, debemos tener en cuenta múltiples factores, y no sólo en la historia marraja.

En los casi cien años transcurridos hasta ese momento desde que en 1663 Juan Bravo, Obispo de Cartagena, concediera licencia a los marrajos para sacar las procesiones de Viernes Santo la ciudad había multiplicado su población por veinticinco, y era una ciudad mucho más grande de lo que fue. También lo sería en toda lógica la cofradía.

Partiendo de la reducida ciudad de marcada influencia conventual que se extendía poco más allá del Monte de la Concepción, Cartagena se había convertido en una ciudad moderna, de notable extensión y en la que destacaba el primer ensanche aquí realizado, el que se situó en el arrabal o barrio de San Diego y el entorno del Monte Sacro. En éste destaca, de forma clara, un gran espacio público central: la plaza situada ante el convento que en 1708 habían establecido allí los mercedarios. La plaza de la Merced.

Una plaza que, en esta nueva configuración del espacio urbano dieciochesco, adquiriría importancia y servía de contrapunto moderno y amplio a la antigua Plaza Mayor.

La ciudad se extendía en población y también en su economía, muy marcada por su condición de plaza fuerte y, desde 1726, capital del Departamento Marítimo del Mediterráneo. A la llegada de nuevos colectivos y nuevas formas de vida y trabajo habría que sumar el cambio producido en aquellos que ya estaban establecidos en la ciudad, como fue el caso de los marrajos.

Éstos inician el siglo XVIII embarcados en la tarea de ampliar su capilla, tras la adquisición en 1695 de una finca situada tras la que tenían en propiedad en la iglesia del convento de los dominicos. El crecimiento de Cartagena, el de la cofradía, condicionaba esta actuación, fundamentalmente porque una de las obligaciones de ésta era el enterramiento de sus componentes, por lo que tal y como quedó documentado en las catas arqueológicas llevadas a cabo en 2006, lo primero que debieron construir los marrajos en su ampliación, fueron las dos grandes bóvedas o criptas destinadas al sepelio de los hermanos de la cofradía, sumándose así a la inicial que ya existía bajo la capilla primitiva.

En 1702 inician las obras de ampliación, tarea que llevarían a cabo durante tres décadas, pues no fue hasta 1731 cuando se dió por finalizada la capilla al culminar el retablo (a falta de su dorado), siendo entronizada la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno en su nuevo camarín el 6 de enero de 1732.

La cofradía no era rica, ni mucho menos, pero ello no había sido óbice para iniciar una obra de gran magnitud que comenzaron tras recibir un préstamo de 200 ducados por parte de los dominicos y en la que incluso tuvo que pedir auxilio económico al municipio, tal y como hizo en 1730 el entonces Hermano Mayor, Nicolás de Borja. Para el dorado del retablo, que aún tardaría en llegar, está documentado que en 1745 y 1752 se celebraron corridas de toros para recaudar fondos en la Plaza Mayor.



Cripta situada bajo la Capilla Marraja. (MMC).

Los marrajos eran una cofradía dominica. No sólo porque se hubiera establecido en el convento de dicha Orden, sino por los muchos vínculos que existían entre los del Nazareno y los frailes de Santo Domingo. Las procesiones marrajas eran entonces parte inseparable de la celebración de la liturgia de Semana Santa en aquel convento, y contaban con un importante elemento teatral en su configuración, en la escenificación que realizaban del recorrido del Nazareno en la calle de la Amargura y del cortejo fúnebre de Cristo. En este sentido, los cambios que se produjeron en el siglo XVIII, cuando se incorporan las imágenes de San Juan, la Verónica y cada una de las Santas Mujeres no harán sino reforzar dicho carácter.

En 1761 Cartagena es una gran urbe, una de las diez ciudades más pobladas de España. Entre sus habitantes la mitad son marinos destinados en la ciudad o trabajadores del Arsenal, pero un grupo muy importante lo constituyen personas no censadas, colectivos minoritarios o que están de paso.



Imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno. (ACNPJN).

Junto a éstos, también debiera ser mucha la afluencia de visitantes en los días de la Semana Santa, si nos atenemos a la primera instancia que en solicitud de cambio de ubicación del Paso de la Calle de la Amargura dirige el Hermano Mayor de los marrajos, Juan Martín de Iturburúa:

«estando próxima la función de el paso del Viernes Santo, que se ejecuta en la plaza principal de esta ciudad, deseaba se ejecutase en la plazuela de la Merced respecto de los perjuicios que han examinado se causan

con motivo del gran concurso de gente que atrae dicha función, así de este pueblo, como forasteros, y a la corta extensión de dicha plaza principal de forma que no pudiendo la hermandad hacer dicha función con la majestad y seriedad que pide, se siguen con la confusión muchas ofensas a Dios Nuestro Señor por lo que celebraría dicho Hermano Mayor y Hermandad, que esta disposición fuese de la aceptación de la ciudad, respecto a tener noticia de que en inteligencia de esta novedad se solicita la posesión que hasta aquí ha tenido de que dicha función se haga en la referida su plaza principal».

El Concejo de la Ciudad debió considerar de importancia el acuerdo a adoptar en respuesta a los marrajos, hasta el punto de que declina tratar el asunto en la primera reunión que celebra tras dicha petición (el sábado 21 de febrero de 1761) posponiendo pronunciarse hasta la siguiente, el jueves 26, pidiendo que a ésta asistan la totalidad de los regidores.

En aquella reunión, que como la primera tiene lugar en plena Cuaresma, el Concejo no acepta el razonamiento de los marrajos, y les insta a desistir de su solicitud:

«Y entendido por esta ciudad habiendo conferido largamente sobre el asunto dijo que mediante a que de inmemorial tiempo se ha hecho dicho paso en la plaza principal, que lo que se expresa de mucha concurrencia de personas la ha sido mayor en años anteriores que principiaban las Reales obras de Arsenales y se construían bajeles para la Armada de S.M. que de presente han cesado en mucha parte y que lo que se dice por dicho Hermano Mayor de ofensas contra Dios Nuestro Señor que resultan en dicha plaza las mismas o con mayor abundancia se ejecutarán en dicha plazuela por la más extensión de ella, no siendo en el día tan estrecha como se supone, la referida plaza principal, por haberse ensanchado en gran parte con la salida y comunicación que se dio de la calle Real y hallarse fundado en dicha plaza el convento de monjas franciscanas de la Purísima Concepción, que es el único que hay en su población, estar las Casas Capitulares situadas en dicha plaza, y la posesión que se hallan los vecinos que tienen casas en ella, como su cárcel pública, todo lo cual acuerda que por caballero comisario que se sortee se haga presente a dicho Hermano Mayor a fin de que sobresea de dicha pretensión y de lo que resultase dé cuenta a esta ciudad en el primer cabildo ordinario que se celebre».

Tres son los razonamientos en los que se basa el acuerdo municipal. En primer lugar desestima las cuestiones relativas a la capacidad de la plaza alegando que en años anteriores hubo más afluencia de público sin problemas para que el Paso se hiciera allí, y además ésta se ha ampliado. Afirma también que los problemas

de conducta alegados por los marrajos serían similares en la plaza de la Merced y, por último, defiende la condición de principal de la plaza Mayor para que en ella se siga celebrando el Encuentro.

¿Cuál de las dos partes tenía razón? Tal y como argumentaba el Ayuntamiento, la construcción del Arsenal estaba próxima a finalizar, y el ritmo de las obras ya no era el de antaño, sobre todo tras acabar en 1757 la obra de los dos grandes diques de carenas. Desde ese año, además, no se había construído ningún navío. Pero en contra de esta argumentación, los censos demuestran que no por ello había menos población, sino que en su caso lo que había aumentado fue el número de desempleados, que encontrarían mejor acomodo en una zona popular y modesta en el entorno de los muelles que en un barrio de nueva creación como el de San Diego.

Con todo, el que a mi entender era el problema fundamental en que se basaba la argumentación de los marrajos es el referido a la conducta de quienes asistían a las procesiones.

La plaza Mayor se situaba entre el barrio de pescadores y el Arsenal. Junto a los muelles, la carnicería y la pescadería. En una zona de esparcimiento en la que podemos poner como ejemplo el nombre de la calle Bodegones. Socialmente contaba con un peso institucional que se basaba más en la tradición que en la realidad presente.

Los problemas de conducta en la zona no se daban sólo en Semana Santa, a tenor de las varias quejas que se conservan de los frailes agustinos, cuyo convento estaba situado cerca de la plaza Mayor. Y para la iglesia o las cofradías la cuestión de la conducta de la gente no era algo baladí, a tenor de la prohibición que pocos años más tarde, en 1774, hace el Obispo de la Diócesis, Diego de Rojas y Contreras, de las procesiones en horario nocturno *«ante el escándalo bullicioso que solía haber en ese día en las calles de la ciudad, las peleas, borracheras y visitas a casas de mala nota, todo ello, en grave contravención de los fines piadosos para que los desfiles procesionales se habían creado, y en fomento de toda clase de vicios que iban en contra de la religión»*.

Creo que éste, el problema de la conducta de espectadores y de la falta del debido respeto al paso de las procesiones marrajas, sería el principal de los argumentos de los marrajos en su cambio de ubicación del Encuentro en 1761. Por encima del traslado a una zona nueva de la ciudad o de la capacidad de ambas plazas buscaban el recogimiento y la seriedad que siempre fue el principal de los referentes de esta cofradía en sus cortejos penitenciales, algo que en los marrajos sigue vivo doscientos cincuenta años más tarde.



El Illmo. S.^{or} D.^o Diego de Rojas, y Contreras, Cavallero del Avito de Calatrava; fue Colegial del mayor de Cuenca, y Cathedrático de Decretales Mayores de la Universidad de Salamanca; Juez Metropolitano del Arzobisp.^o de Santiago: Fiscal, y Oidor de la Chancillería de Valladolid de donde salió para Obpo. de Calahorra; fue quince años Governador del Supremo Consejo de Castilla, encuyo tiempo fue traspasado a la Silla de Cartagena. Erigió el Colegio R.^o de Teolog.^o Operarios de S.^o Ysidoro de esta Ciudad y construyó a sus expensas la hermosa fábrica de este Palacio. Fue muy Limosnero. Murio en de. de Noviembre de 1772

Diego de Rojas. Obispo de Cartagena 1753-1772. (AAP).



D. JUAN BRABO DE ASPRILLA, Obispo de Cartagena, Colegial de el Maior del Arzobispo de la Universidad de Salamanca antes avia sido Obispo de Lugo, y de Leon; Murio en este Obispado de Cartagena Año de 1663.

Juan Bravo de Asprilla. Obispo de Cartagena 1662-1662. (AAP).



Monumento de Jueves Santo en la Capilla Marraja. (LVP).

Así pues, la cofradía no aceptó el acuerdo municipal, llegando incluso a plantear que una negativa conllevaría la no salida de la procesión, por lo que el Concejo volvió a estudiar el asunto, en su sesión del martes 3 de marzo, ya a pocos días de la Semana Santa.

En esta ocasión, presidió la reunión el Corregidor y Gobernador Militar de la Plaza, el Mariscal de Campo Victorio Attendolo Bolognino Visconti, Conde de Bolognino, que adoptó una solución salomónica, al plantear que el Paso se celebrara en ambas plazas:

«Precedido para ello el debido oficio de hablar a Su Señoría el Señor Conde de Bolognino, Corregidor de esta ciudad y Gobernador de su Plaza y manifestado Su Señoría, que preside este ayuntamiento, el que no halla incompatibilidad alguna para condescender, se haga dicha función en la pretendida plazuela de la Merced con tal de que no se defraude a la principal,

llamada del Ayuntamiento, de la posesión en que se encuentra, y de que se execute en ella. Lo que manifestará desde luego a dicho Hermano Mayor».

Consiguieron los marrajos su propósito, y está documentado que en 1773, tan solo 12 años más tarde, el Encuentro ya no se realizaba en su doble ubicación, sino tan solo en la que habría de ser la definitiva: la plaza de la Merced. Así, con su decisión de 1761, nos legaron un momento singular y único en un escenario que hoy seguimos pisando. El que cada Madrugada de Viernes Santo vivimos cuantos asistimos en el antiguo barrio de San Diego al conmovedor instante en que María abre sus brazos queriendo rodear con éstos al Hijo que camina bajo el peso de la Cruz. El Encuentro de los marrajos.

AGUSTÍN ALCARAZ PERAGÓN

BIBLIOGRAFÍA:

MAESTRE DE SAN JUAN, Federico y MONTOJO MONTOJO, Vicente. 'La Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno (Marrajos) durante la Edad Moderna'. Ed. Cofradía Marraja. Cartagena, 2007.

MELENDRERAS GIMENO, María del Carmen. 'Fortificación de la Base Naval de Cartagena en el siglo XVIII: proyectos, mapas y planos'. Universidad de Murcia, 2009.

MERINO, José Patricio. 'Cartagena. El Arsenal ilustrado del Mediterráneo español'.

MONTOJO MONTOJO, Vicente y MAESTRE DE SAN JUAN, Federico. 'La Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno (Marrajos) de Cartagena en los siglos XVII y XVIII'. Ed. Cofradía Marraja. Cartagena, 1999.

MUNCIERA NAVARRO, David. En esta población alta, donde va incorporada la Yglesia va un muro. Fortificación y Edificios Fortificados Bajomedievales en Cartagena. En Revista Arqueomurcia nº2. 2004.

PAREDES OLTRA, Encarnación. 'Iglesia de Santa María de Gracia en Cartagena. Análisis histórico, constructivo y de patologías'.

RODA ALCANTUD, Cristina. 'El Departamento Marítimo de Levante: Historia y Evolución a lo largo del siglo XIX'.

RUBIO PAREDES, José María. 'La muralla de Carlos III en Cartagena'. Ed. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1991.

RUBIO PAREDES, José María. 'El templo de Santa María de Gracia de Cartagena heredero de la Catedral Antigua'. Ed. Junta de Cofradías. Cartagena, 1987.

VV.AA. 'Historia de Cartagena'. Ed. Mediterráneo, 1986

Revista Ecos del Nazareno y prensa local de Cartagena (Hemeroteca del Archivo Municipal).

Web de AFORCA.

EL ENCUENTRO MARRAJO

ANTROPOLOGÍA Y TEOLOGÍA EN ESCENA

Echaré a andar por tres calles, y por fuerza me pararé sólo un poco en cada una. Son estas. 1.- La vida es como un encuentro. 2.- La teología del encuentro: tres encuentros de Cristo en los evangelios. 3.- Teatralizar un encuentro en la calle y en la plaza: el *Encuentro* marrajo.

Calle primera: vivir es encontrar/se

Si teología y antropología se quieren y buscan juntas, demos unas pinceladas. Parto de ahora casi de un hablar lingüístico-semántico. Oigo y digo yo las palabras: encuentro, /vs/ desencuentros; encontrar, encontrarse; encontronazos; reencontrar; hacerse el encontrandizo; salirle al encuentro. O escucho este refrán antiguo. «Al primer encuentro, azar». O escuché en Cuba que *encuentro* se usaba como *hallazgo*. Inevitablemente, la mente se desata, y empieza a darle uno vueltas a su historia particular. Cualquiera de nosotros ha vivido ese vocabulario existencialmente. De lo contrario, ni siquiera existirían tales palabras. Por ejemplo, hay diferencias en *encontrar algo*, y *encontrarse con alguien*, como es obvio. Es muy personalista esa construcción pronominal frente a la otra de descubrimiento de objetos, quizás. De hecho, encontrarse se usa con sutileza. No es igual decir que *no me encuentro bien*, que si digo: *es que no me encuentro* (ni a mí mismo); o *no me encuentro aquí en este sitio*, es decir, que me veo extraño). *Extraño* en sentido antiguo quería decir *echar de menos*. Digo: *he extrañado la cama* (he echado de menos la mía de siempre).

Por tanto, el día del Viernes Santo es seguro que me sentiré entre encuentros/desencuentros; o habrá reencuentros, que yo necesitaba; o me haré el encontradizo con alguien. Lo cual quiere decir que saldré de mí mismo, saldré de mirarme el ombligo por enésima vez, y constituirme en persona que necesita a los demás.

Y ya salió lo que tanto me importaba de la mejor antropología: que como dice el sagaz filósofo Levinas me siento «rehén del prójimo». Me lleva éste en volandas. Lo llevo yo a él. No hay vida sin el otro. Así titula algunas de sus obras Levinas: *Humanismo del otro* (1972); *Tiempo del otro*. Cuando éramos niños egoístamente perfectos lo que tocaba era ser tremendos con ego descarado. Pero a los pocos años (y aquí cada uno sabe su propia historia) empezamos a ver las caras de otros, caras que nos miraban, caras desabridas, caras que nos gustaban al primer pronto. Estábamos creciendo, estábamos ya saliendo hacia la vida. Hubo quien a pura fuerza fue precoz, y ya adolescente había aprendido

mucho del propio entorno familiar, del colegio, de la calle, del mundo circundante. Habría sido precioso que cada cual hubiera ido escribiendo su propio Diario (tal hizo mi hija Clara, fallecida a los 23 años). Ahora releendo hacia atrás sin ira, veríamos quiénes fuimos, y nos *reencontraríamos* con nosotros mismo.

Yo soy lo que los demás han hecho de mí, efectivamente; y un poco también lo que consentí que hicieran conmigo, porque quizás no me rebelé cuanto debiera, y me conformé con seguir mirándome mi ombligo. Parecía no estarse mal así de protegido, como en la placenta. Pero fue un error, porque yo me debía a los otros, y los otros me esperaban. Un primer enamoramiento que se parecía a un sobresalto adolescente, una primera toma de cuán cruel es la adolescencia y la gente cerrando el corro, una persona que te deslumbró después (a mí Francisco de Asís, aquel poeta, pobre, juglar, que cantaba y decía que el agua era *útil, preciosa y casta*). Todo eran encuentros/desencuentros. Y así crecimos, y nos hicimos hombres y mujeres. La vida apretaba sus tuercas. Hubo que tomar decisiones fuertes. De algunas, alguien maldecirá el momento; pero de otras, habrá orgullo de hacer camino y andar ahí todavía caminando, porque la vida es un itinerario.

Calle segunda: teología del encuentro

Y ahí empieza la segunda (la teológica): hablábamos ya con nosotros mismos, como dicen de los locos que van hablando por la calle solos. Nos parecíamos, gracias a Dios, a ellos en que hablábamos a solas. Pero siendo joven universitario leí en Antonio Machado, algo tridimensional (quiero decir *trinitario*). Decía que *el que habla consigo mismo, espera hablar a Dios un día*. Y ciertamente, empezó a salirme al paso el Infinito, el Absoluto, como decía el *Catecismo Holandés* (sí, aquel de Nimega, de los años del Concilio Vaticano II, que empezaron a ponerle pegadas de *nihil obstat* para no variar). Dios se iba apareciendo en los otros. Y el Nuevo Testamento: *Dios habló antes de muchos modos, hoy nos ha hablado en Jesucristo*. Este era el que faltaba, el verdadero Otro, Dios y hombre verdadero. Donde Dios nos pegó la sorpresa de los siglos, porque Dios se hacía uno de nosotros. Esa es nuestra fe: que *siendo rico no tuvo a menos poner su tienda de campaña* (como un beduino más) *y quedarse a vivir en nuestras calles* (Filip. 2). Y nos fundió los moldes. Todo era tan nuevo (33 años) que no tuvimos estómago para seguirlo. Aunque al irse al Padre decía: *conviene que yo me vaya al Padre, porque*



(FMB).

si no me voy el Espíritu no vendrá a vosotros... Y no penséis qué tendréis que hacer, ni qué decir, porque el Espíritu os lo dirá todo. ¡Tremendo! Vive con nosotros todavía. Está aquí su Espíritu. Padre, Hijo y Espíritu. Creo en la Trinidad Santa. Distintas Personas, pero unidos, solidarios hasta la médula (como anuncia la Fundación Carreras a sus socios).

Puestos a recordar el evangelio (lo que hizo y decía Jesús de Nazaret), yo me fijaría en tres trancos: el de los discípulos de Enmaús (Lc. 24); el del diálogo con la Samaritana (Jn. 4), y los encuentros de Jesús con su madre. Los de Enmaús se presentan como toda la teología narrativa de Lucas. En Marcos vemos dos pinceladas de ellos, pero de pasada, como testigos de la Resurrección. Lucas, en cambio, crea una escena (lo hizo igual con la parábola del Hijo Pródigo, y en otros casos) con protagonistas en escena. Los pinta así: esperaban mucho de la vida que habían llevado en comunidad, pero se creen ahora engañados, o al menos desasosegados: no ha resucitado Jesús. Su cabeza arde de dudas. Pero un personaje se hace el encontradizo. Se pone al lado. Habla poco, pero acompaña, hasta se hace el no enterado (tú eres extranjero en Jerusalén?, le dicen); da la impresión de que no conoce la actualidad, lo que dicen la TV, la radio, ni los *grafitti* de las paredes. Cuando habla, al fin, los llama «tardos» en entender, y les va revelando el plan

del Padre en la historia. Pero eso es algo muy largo, viene de atrás. O lo parece, al menos. ¿Dónde van a caer los dos de Enmaús en la cuenta de quien es el acompañante resucitado? *Al partir el pan*. Digamos que la misa-la mesa es el acontecimiento. La mesa del reparto, el que haya pan para todos, que el otro está aquí mismo junto a mí, que está mirandome desde Estambul, o desde una totora de los Andes en el Lago Titicaca, o desde esas caras de la emigración de las afueras, o desde religiones que producen sustos a nuestras iglesias... La única verdad que reúne es la del pan de hogaza cortada como las madres antiguas, a rebanadas, y alcanzando a toda la mesa. Recuerdo que mi madre, en la hogaza por detrás, hacía una señal de la cruz con el cuchillo antes de cortar los pedazos.

En el otro texto, Jesús también se hace el encontradizo. Es verdad que tiene sed y va a un pozo, pero qué *casualidad* que en el pozo hay una persona *despreciable* en muchos sentidos. Y si no tanto, hay, al menos, un personaje de segunda categoría. Primero, porque es mujer, algo no muy valioso en ese mundo antiguo, casi sin derechos para ellas, las sufridoras de turno. Pero es que además de mujer es *samaritana*, es decir, alguien a quien ni siquiera le dirigimos la palabra. A esos, ni agua. He ahí que otra vez nos va a fundir los plomos Jesús, la revelación del Padre. Precisamente, a una mujer así se dirigen los pasos. Encima, es una mujer con muchos desencuentros

(de maridos, y lo que eso lleva aparejado). ¡Qué conversación tendrían los dos, la de la intimidad, la del que necesita que lo escuchen, la del tener a alguien para contarle, y tú saber ganar esa intimidad minuto a minuto. No es una pecadora de maridos, sino una desgraciada, una menesterosa de amor. Por eso, pasan luego a hablar del Infinito, del Absoluto, del culto y la cultura de cada pueblo, y de los dioses en los que se cree, y dónde deben ser adorados. Jesús le rompe los esquemas a la pobre mujer, pero le abre las ventanas: *Créeme, mujer, llega la hora que ni aquí, ni en Jerusalén... Llega el momento en que los verdaderos adoradores darán culto al Padre en espíritu y en verdad* (Jn. 4, 22-23). Encuentros, desencuentros, reencuentros.

El otro texto lo escojo a partir de lo que pensaría una pobre de Yahvé, María nuestra Madre, cuando oyera contar cosas de su hijo Jesús. Le llegaban habladurías, y ella que no era diosa, no entendía casi nada. En todo caso, también ella vivía los desencuentros dentro de los encuentros con su propio Hijo. Dice el evangelio que María «conservaba todas estas cosas en su corazón». Lo cual no quiere decir que las entendiera. Hemos idealizado tanto a María-Madre, la hemos encielado tanto, que hasta le ponemos ciencia infusa si es preciso. Pero yo creo que no la precisaba. Más bien, vivía de susto en susto: oía las maravillas (*buenas nuevas*) que decía su Hijo, y las que decían de él, pero también oía que era criticado por eclesiásticos, capitostes, extranjeros dominadores de turno romano, y le pronosticaban que acabaría mal. Total: el poder de siempre reunido, aunque se odiaran unos a otros o lo disimularan. Y una madre sufriendo. Si la Virgen hubiera leído periódicos, no habría sabido a qué kiosco dirigirse, ni a qué partido quedarse. Seguro que callaba. Y otra vez guardaba y conservaba todo en el bolsillo, el que está junto al corazón (como en el poema de León Felipe donde se guardaba la Palabra), debajo del chal, mientras le dolía la cabeza, dentro de aquellos velos y el calor de Palestina

Otro encuentro: una vez, se presenta María adonde está su Hijo y llega con sus familiares al sitio. Le avisan a Jesús: *ahí afuera están tu madre y tus hermanos, que quieren hablarte*. Y Jesús contesta, cortante: *Y ¿quiénes son mi madre y mis hermanos? El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*. La madre, por cierto, iba viendo ahora – otro encuentro- que su familia de parentesco carnal era poco, y crecía la de parentesco espiritual. Así, es Madre de la Iglesia, de la Comunidad que se reúne, y ora por los cambios posibles (conversiones), de quienes escuchan al Hijo.

Fue aprendiendo María, poco a poco - como todos- a ahormarse a la voluntad de Dios manifestada en el Hijo. Se fue encontrando, día a día, con muchas más cosas y renovando su corazón de creyente en la Palabra. Sólo

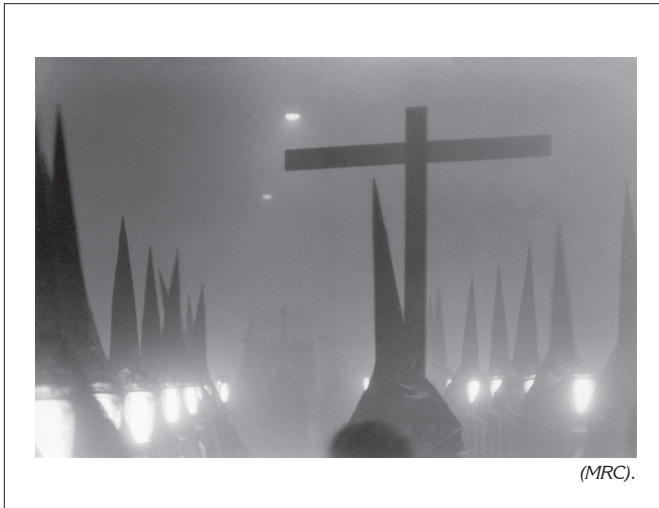
así se explica que el evangelista Lucas ponga en boca de María el *Magnificat*, que es un canto de creyente, de expectante del Misterio de Dios, mientras proclama una revolución que ha aprendido de su Hijo, a saber, que la misericordia del Señor se extiende de generación en generación para aquellos que adoran a Dios (los que le temen, los que *creen en Él*, como oposición a los *soberbios*); que ha mirado la pequeñez de María y por eso la aclamarán todas las generaciones; que el Señor ha desplegado la potencia de su brazo y dispersa a los *soberbios*, que derriba a los potentados de sus tronos, y exalta a los humildes. Y más cosas. Es explicable que el mariólogo brasileño Clodovis Boff (en su *Mariología Social*) apunte al respecto: «María, todavía hoy, continúa representando la Iglesia de los pobres, y en general, al pueblo que sufre y es excluido, como el *resto de Israel*, en cuanto es portador de un nuevo orden soteriológico».

Calle tercera: representar y dramatizar el Encuentro marrajo.

¿Se puede poner en escena todo lo dicho, o es demasiado guión para una noche?

Acudamos, antes, a unos cuantos brochazos irremediables: a) la religiosidad popular es sintética, aunque aparente andar muy derramada. Quiero decir que centra su foco en un momento, en una estampa, y a eso le saca partido; b) Que sus formas de representar son *sui generis*, y no se estudian, ni se sacan de manuales. Lo que no quiere decir que vayan ayunas de mucha viveza; c) Y, en fin, que esas dramatizaciones, no tienen por qué asemejarse a representaciones cultas, o de otras capas sociales de arriba.

El *Encuentro* marrajo se explica por una bella representación que corre por muchos lugares, y en diversas épocas, pero con frecuencia dentro del domingo de Resurrección. Todavía la veo yo en algunos pueblos. Se encuentran Madre e Hijo en la placeta, y los portadores haciendo una leve inclinación logran que se saluden ambas imágenes. Es un encuentro radiante de luz del Sur, aplausos y músicas. Y bastante juvenil. En cambio, el de Cartagena acontece de noche, en plaza espaciosa, y en día importante del Triduo Sacro, es decir, en el Viernes Santo. La teatralidad proviene de la co-incidencia, del encontrarse, de hacerse los contradizos en momentos muy graves de la Pasión. Llevan los fieles en andas a ambos tronos, como si el pueblo intuyera que necesitan verse, como un suspiro. Notemos que por ahí la religiosidad popular desarrolla la parte más humana, tanto del Hijo de Dios, como de la aclamada Madre de Dios (en la fe del concilio de Éfeso). La Virgen no está encielada, sino muy pie a tierra, y el Señor Jesús es un derrengado bajo la cruz pesante. Prevalece la historia, pero vista bajo la adhesión. Como toda religiosidad, es una dramatización llena de violencia (R. Girard y otros lo han estudiado), pero



(MRC).

el pueblo cartagenero ha tratado de rebajarla, y la ha adornado de bien vestir, guapeza de ambos protagonistas, belleza de imágenes, escenografía de la madrugada y luces y sombras, tronos en flor, y de preparar la escena como en el teatro, apagando luces, dándose silencios del alma y de la boca. Signos y acotaciones no faltan, como se ve. Hay ahora que acercar las imágenes, buscar el arrimo de Madre e Hijo (notemos la sensibilidad), hay que hacer casi que se toquen, pero también hacer que respiren hondo y queden mirándose. Quizás a quien está acostumbrado a la imaginería católica barroca no le da repeluz esa violencia a ojos vistas, pero sería interesante encuestar a un espectador extraño. Preguntarle no solo qué ve, sino saber si siente lo mismo que nosotros. Veríamos opiniones variadísimas. Lo cual entra en la *teoría de la recepción*, obviamente. Pero creo, de todos modos, que esa misma encuesta está poco hecha entre el público cartagenero. Algo muy elemental y muy difícil de expresar, efectivamente. ¿Qué ves, qué sientes, en quién estás pensando, en quién te están proyectando, a quién ves, con quién te identificas tú que estás así. Y no es sólo importante que algunos lleven a esas horas dos copas de más. Hay quien entonces siente más, porque va más desatado, más liberado de prejuicios. Alguien me decía, tras una conferencia por mí pronunciada, que un montón de esos no portan por misa ni por una apuesta. Y, quizás, habría mucho que matizar (y no tengo aquí espacio). Lo cierto es que hay quien se identifica con esto, y no con una misa, ¿pero todo es culpa de él, y no de nosotros al no saber *presentar* las verdades de fe? Y otra pregunta al canto: ¿ir a misa es el baremo único de la vivencia de la fe? Preguntas, dudas, encuentros, desencuentros.

Porque de eso se trata. Yo recuerdo haber leído una encuesta de esas en Andalucía, y una mujer sencilla contestaba, de su Semana Santa y procesiones, que era *una alegría tan grande tan grande que le daban muchas ganas de llorar*. Creo que eso era una impresionante analítica, por descripción de sentimientos. No era una definición abstracta. Era una pintura, una etopeya. Toda representación plástica se echa y acuesta en buena parte

por los sentimientos, y en provocarlos. Hay signos y acotaciones que sobrecogen. En un pueblo de Murcia en el que se representa a María al pie de la cruz (*ahí tienes a tu Madre*), cuando Longinos se acerca a traspasar, lanza en ristre, el costado de Cristo, el pueblo vuelve la imagen de la Virgen y la pone un momento de espaldas para que no vea el traspasamiento. ¡Qué fino detalle!

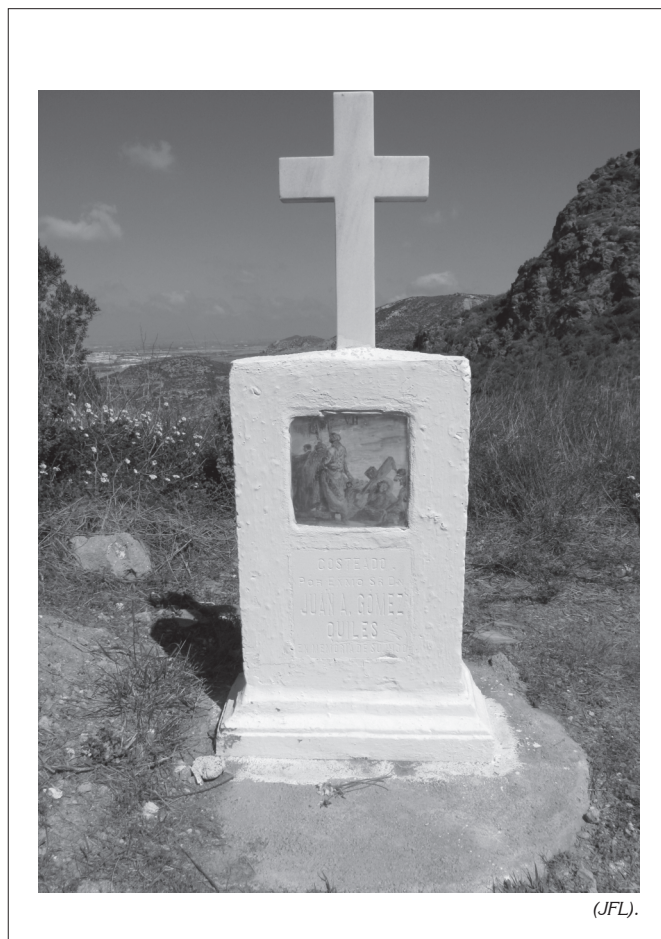
Todo esto se ha vivido (y se vive), por ilustrados y cultoretas con otro talante con harta frecuencia. Se han visto tales teatralizaciones como cosas de ignorantes, de supercherías incultas. El siglo XVIII y su gobernantes de *todo con el pueblo pero sin el pueblo*, cometió errores de bulto en esto, como prohibir danzas dentro de iglesias (para no herir el respeto), o negar los aplausos en el culto religioso como si desdijeran, o perseguir a flagelantes procesionistas (excusándose en la noche y el disfraz de las túnicas y capirotos), no comprendiendo apenas tal violencia sacra. Y suma y sigue. Queda en pie esto, sin embargo: los *ilustrados* nunca comprenderán algo cuyo talante no sea igual a ellos. Ciertamente que no todo lo que se hace entre el pueblo llano es teatro del bueno, pero de ahí a borrar de un plumazo todo, huele a alcaldada de turno. Algunos hemos ido remodelando – ecuménicamente – una Trinidad en la que somos uno en nuestra fe, pero distintos en nuestras manifestaciones. Y esa es la manera. Yo he aprendido de los teólogos de la liberación latinoamericanos. Más mescolanzas que en Brasil, Cuba, Guatemala o Méjico, será raro que las tengamos aquí. Y sin embargo, nunca se vio allí, al menos entre los pastores más capacitados, prohibición de ritos de acá y acullá, sino tratar de integrarlos, catequizarlos, explicarlos en profundidad para que tengan sentido. Yo he visto, por el contrario, en Granada, hace sólo unos años, prohibir el arzobispo misas rocieras (supongo que *salves rocieras* también) y bodas con este marchamo de mezclas con ritos litúrgicos católicos. Pregunto yo: ¿por qué se prohibía? Quizás, uno de los descuadramientos de los jerarcas, entre otros, es cuán difícil se les hace aceptar que la Iglesia católica es fruto de mestizajes y mestizajes hasta llegar a lo que ahora tenemos. Debería no olvidarse la historia. Aceptamos los que nos convienen, pero ¿quién tiene el criterio preciso para desvelarlos imparcialmente?

Al fin y al cabo el *Encuentro* marrajo hay que considerarlo dentro del marco de la cofradía y de sus inculcaciones, de los signos escénicos que creen que cuadran a tal hecho. Quiero decir, dentro de las procesiones que se sacan, de su dramática en sentidos plurivalentes. Observemos, por otro lado, que el mismo *Encuentro* es fruto de dos procesiones. Y éstas son fruto de las liturgias del ciclo de Pasión en el Cristianismo de siglos pasados. Con estos pasos: de la iglesia fue saliendo la dramatización al claustro conventual o catedralicio, por una puerta al lado; del claustro al atrio; del atrio a la calle; de la calle a las placetas y replacetas. Salieron así,

en ciernes, los Via Crucis por las calles, extramuros, y los lugares altos. De ahí, se *agrandaron* (en demasiados sentidos quizás), las procesiones. De hecho, la cuarta estación de un Vía Crucis clásico (el de las 14 estaciones) representa el encuentro en la Calle de la Amargura. Y los azotes y las tres caídas, y la Verónica, y el Desenclavamiento, y etc. son pasos, estaciones. El *Encuentro* era uno de los pasos. Las procesiones pasionarias que airearon, reconstruyeron, y echaron dinero en ello a través de gremios y cofradías, elevaron el esplendor procesionista de los pasos. Pero atención a esto: el Vía Crucis, gozaba de dos cualidades: por una parte, era pobre y sencillo, y a floraba más la unidad-fraternidad, sin distintivos; por otra, tenía más actores que mirones. En las procesiones ha ocurrido harto al contrario: son más los mirones que los actores. Allí los actores llevaban una cruz a cuestas, o una corona de espinas, o una soga al cuello, o pies descalzos, hincaban las rodillas por tierra y besaban el suelo en las tres caídas de tres escogidas estaciones. Toda una dramatización. Al final del Vía Crucis, se ponían en práctica otros signos escénicos, de conversión. Por ejemplo: se hacía una hoguera con naipes (el juego y los arruinamientos fueron el dolor de muchas familias), o se echaban a la hoguera afeites de mujer y vanidades. Los dirigentes y sus pastores frailes sabían latín y teatro. Y el pueblo llano aclimatada la escena. De modo cambiante, la cofradía marraja heredó esa suerte de representación.

¿Por qué lo hizo? Porque el ser humano lleva dentro un drama, un dramático actor, que urge de representaciones. Necesita poner en juego una serie de *mecanismos de excusa*, que el inconsciente colectivo sabe sacar, aunque no lo tenga muy claro, pero lo presiente, a corazonadas. Imposible sin esto el *Encuentro* y la madrugada del Viernes Santo con las dos procesiones que se unen en la Plaza de la Merced desde hace ya un tiempo. Por ejemplo, la gente necesita sublimar a una Madre y al Hijo juntos. El día que se estudie más despacio hasta qué punto la Virgen ha supuesto una sublimación de la madre española y cómo ha repercutido esto en la sociedad hispana, nos pasmaremos de por qué somos como somos. Y también del por qué social que esto lleva en sus entrañas como pueblo, es decir hasta qué punto se identifica el pueblo con una Madre que sufre, porque tantas madres eran como ella, y tantos hijos lo iban viendo en sus casas día a día. Y esa mujer de Nazaret era, como recuerda Clodovis Boff (en su *Mariología sociale*, 591) un «espejo de simplicidad, pobreza, y sufrimiento, además de que los oprimidos saben bien que el corazón de María, siendo corazón de madre, comprende perfectamente las luchas de ellos y dificultades».

Es curioso observar las dos caras de la moneda en España y en muchos sitios: por un lado, la casi *divinización* de la Virgen, a veces casi igualada a su Hijo, sin ser ella diosa, sino una criatura. Basta ver pinturas, esculturas,



(JFL).

procesiones barrocas, Macarenas, Angustias, María de los Dolores, Piedad. Tremendo nombres de mujer hispana, por cierto; pero, por otro lado, van esas Vírgenes ataviadas como ricas señoras, bajo tronos deslumbrantes. Una suerte de contradicción. Pero para la Virgen – se dice- *todo*. La explicación se funde con aquello que acuñó San Bernardo de Claraval: *de María nunquam satis* (de María nunca se dirá lo bastante). Y bien está, siempre que no borre la realidad histórica de mujer sencilla, elegida por Dios, precisamente por eso, para marcar la ruta del pueblo de Dios y una Iglesia pobre y de los pobres.

La madre reuniendo a hijos es la foto clásica del *Encuentro* cartagenero. Y si hijos hermanos, y si hermanos herederos del Reino. He ahí los encuentros de la vida que deberían ocuparnos de consuno.

El *Encuentro* marrajo es sólo la punta del iceberg. Lo total, como utopía irrenunciable es precisamente el acontecimiento del Hijo que nos ha revelado los planes del Padre sobre la humanidad, mientras el Espíritu suyo, nos chiva al oído – como en los exámenes- cuanto tenemos que hacer y decir.

De todos modos, demos gracias por la punta del iceberg. No es poco.

FRANCISCO HENARES DÍAZ



El tiempo sagrado en el escenario urbano: La calle de la Amargura de los Marrajos en Cartagena

Las coordenadas espacio temporales que rigen los hechos históricos pueden ofrecer en ocasiones una idea equívoca de la realidad. Así sucede cuando el valor espacial permanece fijo en un punto por el que se va moviendo el eje temporal. La conclusión en esos casos parece obvia: está discurriendo la historia por un mismo punto, la historia de una nación, de un territorio, de una ciudad que se ha perpetuado en el tiempo. Pero, aunque la coordenada espacial haga referencia a un mismo punto, la resultante de la variación de la coordenada temporal nos ofrecerá, necesariamente, una ciudad distinta en cada tiempo. El lugar será el mismo, pero el hecho urbano será diferente. No obstante, determinados elementos sobreviven a su propio tiempo histórico y se convierten en una permanencia, adquiriendo un carácter representativo, de señas de identidad, en cuanto que permiten identificar como un mismo espacio singularizado las distintas ciudades superpuestas.

De tales permanencias y superposiciones de distintas ciudades hablaremos a continuación, en relación con un mismo espacio, la plaza de la Merced, y un mismo hecho, acontecimiento, ritual repetido como tal a lo largo del tiempo, la representación del Encuentro; y como veremos, ni se puede hablar exactamente del mismo espacio ni del mismo acontecimiento.

Empezaremos delimitando el espacio. La plaza de la Merced surge con motivo del ensanche promovido por el Concejo en 1601 más allá del límite marcado por la puerta de San Ginés, en la llamada Hoya de Heredia.

Con tal motivo, se hizo la traza de las nuevas calles y se construyeron algunos edificios. Pero el declive demográfico ocasionado por la alta presión fiscal y lo atractivo del establecimiento en las tierras abandonadas por los moriscos hizo que la edificación se paralizase. El Concejo tomó medidas para evitar la especulación, obligando a la construcción de los solares adquiridos por los particulares – una situación que parece haberse convertido también en una permanencia en el hecho urbano cartagenero –, al tiempo que aprovechaba las circunstancias para hacerse con una importante superficie de suelo que se destinaría a crear una gran plaza pública de la que carecía la ciudad.

Cuando en el último cuarto del siglo XVII se reactive la economía local, de la mano del resurgimiento comercial del puerto y su nuevo papel como base de las galeras, el nuevo barrio iría rápidamente colmatándose, hasta quedar delimitado, con el despegue demográfico de la nueva capital de Departamento Marítimo en el siglo XVIII, por la Puerta de San José, en su extremo oriental, nuevo acceso a la ciudad a través del cinturón de murallas mandado construir por Carlos III. Entretanto, en la nueva plaza creada en el centro de ese eje de ensanche se había establecido, en 1708, el convento de Nuestra Señora de la Merced, por lo que, en la ciudad del Antiguo Régimen, tan condicionada por el hito religioso, la plaza dio en llamarse plaza de la Merced.

La plaza se convirtió entonces en el espacio principal de la ciudad, al estar situada en el centro de un concurrido

eje que la hacía funcionar como gran colector de las prácticas urbanas derivadas de la entrada y salida de todo tipo de tráfico por uno de los principales accesos por tierra al núcleo urbano y al puerto. En la plaza concurrían, por su ángulo noroeste, las calles de Don Roque y Beatas, enlazando con la puerta de la Serreta, situada al norte. Las calles del Duque y San Diego delimitaban su flanco sur, uniendo la plaza Mayor con las puertas de San José. Al mismo flanco sur concurrían las empinadas calles que descendían desde el Hospital Real y el cuartel de Antigonos. De tal forma, la plaza quedaba configurada como un gran colector urbano, un concurrido esponjamiento espacial en el abigarrado callejero de la ciudad intramuros.

Su condición de preeminencia le venía otorgada por sus propias condiciones espaciales y su ubicación estratégica. Frente a la preeminencia oficial de la plaza Mayor, derivada de la circunstancia heredada de contar en sus inmediaciones con algunas de las principales instituciones presentes en la ciudad, y fundamentalmente el edificio del Concejo, la plaza de la Merced ofrecía una preeminencia funcional, como lugar de encuentro y escenario, en la amplia superficie de la despejada plaza dura del Barroco, ofreciendo al convento e iglesia de la Merced la posibilidad del espacio coextenso conventual, escenario de grandes funciones religiosas, como se puso de manifiesto con ocasión de la predicación en 1787 de Fray Diego de Cádiz.

El traslado de la representación del Encuentro desde la angosta plaza Mayor a la amplia plaza de la Merced era, por tanto, sólo cuestión de la lógica evolución de los acontecimientos. Es conocida la petición que la Cofradía dirige en 1761 al Concejo solicitando el permiso de las autoridades locales para el cambio de escenario de la representación del Encuentro, de la plaza Mayor a la de la Merced *«por ser más grande y porque en la primera, demasiado estrecha, se aglomeraba la gente de la ciudad, ya excesiva por la mucha que existía con motivo de las obras del Real Arsenal, y hacía constar que con tanto concurso, se hacían muchas ofensas a Dios Nuestro Señor»*.¹

Las reticencias municipales, alegando *«que en la Plaza Principal estaban la Casa Consistorial, el Convento de Monjas Franciscas, el Hospital de Santa Ana y la Cárcel Pública»*², ponen de manifiesto dos diferentes criterios de valoración espacial: por un lado, el del Concejo, que otorga una condición de mayor o menor preeminencia a un espacio urbano por la importancia de las instituciones que a él se abren. Por otro lado, la petición de la Cofradía muestra un criterio basado en la apreciación de las propias condiciones espaciales de la plaza y sus posibilidades funcionales.

Finalmente, es sabido que el Concejo accedería a la petición de la Cofradía, con la condición de que se siguiese representando el Encuentro también en la plaza Mayor; condición esta última que pronto quedaría sin efecto.



La procesión del Encuentro con el Cine Sport al fondo. (ACNPJN).



La Plaza Burguesa.

La preeminencia de la plaza de la Merced quedaría de manifiesto con ocasión del animado ritmo de cambio de denominación que recibiría este espacio a lo largo del siglo XIX y XX. La proclamación de la Constitución de 1812 disponía que se le otorgase el nombre de *la Constitución* a la plaza principal de todas las ciudades; así se denominó la plaza de la Merced, no la plaza Mayor, hasta que la restauración absolutista despedazara la placa en la que se leía *de la Constitución*. La misma maniobra en sentido alternativo se sucedería al compás de los cambios de régimen político, incluyendo la denominación de plaza de la República Federal durante el Cantón o de José Antonio, en el período franquista.

La plaza también iría cambiando de aspecto al compás de la evolución en la jerarquía de sus alzados.



La Verónica, uno de los tradicionales personajes del Encuentro. (ACNPJN).



La procesión en la perspectiva Aguirre.

Desamortizado el convento de la Merced en 1835, el Ayuntamiento quiso construir un gran teatro en su solar. Resulta especialmente significativo comprobar cómo el cambio de la ciudad convento a la ciudad burguesa provoca también la sustitución del gran inmueble de carácter religioso por una de las tipologías edilicias más características de la ciudad burguesa: el teatro. Se hubiera pasado así del convento e iglesia que utilizan la plaza como una extensión del espacio sacralizado a la plaza del teatro, lugar de representación social de la burguesía. No se llevaría a término esta intención por la precariedad de las arcas municipales, aunque la construcción de un gran edificio de ladrillo, en 1880, ocupando exactamente el solar de lo que fuera la iglesia de la Merced, según proyecto del arquitecto Carlos Mancha, consagrara la relación de la plaza con el espectáculo al destinarse finalmente al monumental Cine Sport.

En cuanto al espacio de la plaza en sí, éste fue perdiendo su carácter de lugar totalmente abierto al imponerse el modelo decimonónico de jardín glorieta. Se perdía por tanto el carácter de unidad espacial propio del período barroco en beneficio del pintoresquismo de



(MRC).

los caminos serpenteantes entre la vegetación, más acorde con el gusto modernista que inspiraría la que, desde 1901, sería la pieza arquitectónica preeminente: el palacio Aguirre.

De este modo, cuando comienza el siglo XX nos encontramos en un espacio que sigue siendo el mismo generado en época barroca, pero con un carácter muy diferente. No obstante, aún es posible rastrear algo del originario carácter barroco en la plaza de la Merced presidida por el modernista palacio de Aguirre. Uno de los conceptos que definen el urbanismo barroco es la importancia de la «*vista*», la perspectiva. La concepción escenográfica barroca enfatizaría las grandes perspectivas visuales sobre un punto de referencia. Teniendo en cuenta este aspecto, realmente sería en época modernista cuando la construcción del palacio de Aguirre consigue crear esa gran perspectiva focal sobre la esquina achaflanada de la lujosa residencia del adinerado burgués, convirtiendo a su airosa cúpula de reflejos cobrizos en un hito urbano de primer orden. La *perspectiva Aguirre* será la más destacada y prolongada del recinto urbano, en competencia con la *perspectiva Pedreño*, en la Puerta de Murcia, la perspectiva del Gran Hotel, o la propia perspectiva del nuevo Palacio Consistorial, en lo que podría considerarse otra permanencia en las actitudes del cartagenero: la pugna renovada entre la plaza de la Merced y la plaza del Ayuntamiento.

¿Cómo se adaptó el acontecimiento, la representación del Encuentro, a estos cambios formales y de mentalidades?

Debemos considerar los inicios del ritual, originado como una extensión de los oficios religiosos celebrados en el interior del templo, extendido, sin solución de



Fusión de pueblo y procesión. (RO).

continuidad, al escenario urbano, como lugar más adecuado para dar rienda suelta a la representación más teatralizante y la expresión de la devoción más popular. Aquella ceremonia que hacía converger, de manera teatral, las imágenes de vestir en el centro de una abarrotada plaza de la Merced ha ido experimentando cambios en cuanto a su configuración estética formal, si bien mantiene intactos los más profundos fundamentos de carácter místico, teológico y devocional que le dieron origen y forma.

Uno de esos elementos configuradores del ritual del Encuentro es el simbolismo de la luz, en la doble faceta de la luz del cortejo y de la luz cambiante en que se desenvuelve.

A este respecto, cabe citar los trabajos de estudiosos de las religiones comparadas, como el rumano Mircea Eliade, y en especial la obra de Hugo Rahner (Baden, 1900 – Munich, 1968), quien ha desentrañado la influencia de la herencia pagana en la mística cristiana. Rahner destaca el simbolismo de las fases de la luna como alusión a la resurrección. Al mismo tiempo, el ancestral culto al sol y la luna recibiría su interpretación mística cristiana como imágenes de Cristo, como fuente de luz, y de la Iglesia, que recibe la luz de la Redención e ilumina la noche oscura del alma. «Llegará el día en

*que Cristo, sol eterno, y la ecclesia como eterna luna iluminarán el innumerable ejército de estrellas. Hacia ese día se dirige el anhelo del cristiano que todavía está en la oscuridad».*³

No es anecdótico, por tanto, el horario de madrugada en que se desarrolla el ritual del Encuentro. En la oscuridad de la noche, los cofrades, portando la luz e iluminados por la luz de la Iglesia, la luna llena del Viernes Santo, se dirigen al encuentro con la luz verdadera, el sol, Cristo, de la que la luz de la luna sólo es el reflejo. De este modo, cuando se produce el Encuentro, la luna va cediendo su brillo al resplandor del sol, la luz verdadera de Cristo.

Teniendo en cuenta estos fundamentos, en el momento del Encuentro la procesión se funde con el pueblo, que se convierte en elemento partícipe del ritual como protagonista. Será tras la celebración del clímax del ritual cuando el acontecimiento adopte el modelo de cortejo acompasado, enfatizando y realizando con sus perspectivas luminosas procesionales las propias perspectivas urbanas.

No obstante, el tiempo sagrado del ritual religioso, que se desarrolla en un tiempo renovado cíclicamente por la ceremonia ritual puede llegar a derivar en el caso



El día de la marmota.

de la realidad cartagenera desde el presente eterno hasta otras circunstancias más propias de *El día de la marmota*, la famosa película estrenada en 1993 en la que su protagonista, interpretado por Bill Murray, no podía salir de un bucle que le condenaba a repetir día tras día las mismas circunstancias. Ya vimos cómo en el siglo XVII el Concejo tuvo que adoptar medidas para impedir que la especulación urbanística condenase a la zona a una degradante situación de solares eternos. Actualmente, los marrajos recorren su particular calle de la Amargura por un escenario urbano que desearon hace 250 años como idóneo para un mejor lucimiento, flanqueados por solares, ruina, peligrosas marañas de cables y una importante degradación social. Pareciera que, a día de hoy, debiera repetirse la petición formulada por la Cofradía en el siglo XVIII para el cambio de escenario de su representación del Encuentro, esta vez en sentido inverso, regresando a la plaza del Ayuntamiento, lugar donde ahora concurren todos aquellos valores que aconsejaron el traslado a la plaza de la Merced, mientras ésta última representa el corazón de lo más degradado del Conjunto Histórico de Cartagena.

Una encuesta sobre la percepción de la imagen urbana aplicada a la plaza de la Merced en el año 2000 mostraba este espacio asociado a las ideas predominantes de inseguridad y degradación. Pero en ese mismo estudio aparecía la celebración del Encuentro como uno de las pocas imágenes positivas asociadas a la plaza y la única ocasión en que este espacio recuperaba su centralidad para las prácticas urbanas del conjunto de los ciudadanos.

De hecho, hoy por hoy, la procesión del Encuentro, más que encontrar un marco incomparable de lucimiento en la plaza de la Merced y sus inmediaciones, contribuye de manera decisiva a la rehabilitación urbanística – si bien con carácter efímero – de toda la zona. La propia monumentalidad de las perspectivas procesionales se sobrepone a la degradación urbana, adoptando la Cofradía entre sus funciones una de nuevo cuño que podríamos calificar de *asistencial urbanístico rehabilitadora*.

Consciente de este papel fundamental, la Cofradía Marraja ha querido reafirmar su compromiso con esta degradada zona de Cartagena, conmemorando de manera especial el 250 aniversario de la celebración en la plaza de la Merced del Encuentro entre el Nazareno y la Virgen Dolorosa. A tal efecto se ha preparado el descubrimiento de una placa conmemorativa en la misma plaza, realizada en bronce por el escultor Arturo Serra – que ha donado su trabajo – en la que un relieve del Nazareno prolongará la presencia física de la Cofradía en la plaza durante los 365 días del año desde el momento en que se descubra, en la próxima madrugada de Viernes Santo.

IMAGEN INMEDIATA							
	Ambiente inseguro	Negatividad total	Historia, Patrimonio	Recuerdos	Arbolado	Semana Santa	No sabe
Zona	7	8	5	5	5	-	-
Centro	8	2	3	3	3	1	-
Resto CT.	16	4	4	4	-	6	-
Foráneos	5	-	2	-	1	1	7

ASPECTOS POSITIVOS								
	Ninguno	Tipismo, Recuerdos	Estética, Patrimonio	Ubicación	Arbolado	Cine	Semana Santa	No sabe
Zona	12	5	4	5	4	-	1	-
Centro	6	3	6	2	1	2	-	-
Resto CT.	5	5	7	3	6	3	4	-
Foráneos	6	-	3	-	1	1	-	5

ASPECTOS NEGATIVOS			
	Ambiente	Abandono	No sabe
Zona	20	11	-
Centro	18	2	-
Resto CT.	24	9	-
Foráneos	9	2	5

VINCULACIÓN									
	Vivienda	Trabajo	Cine	Paso	Nada	S. Santa	Recuerdos	Visita	Otros
Zona	10	21	-	-	-	-	-	-	-
Centro	-	2	4	6	5	1	1	-	1
Resto CT.	-	1	12	8	4	7	-	1	-
Foráneos	-	-	2	4	8	1	-	-	1

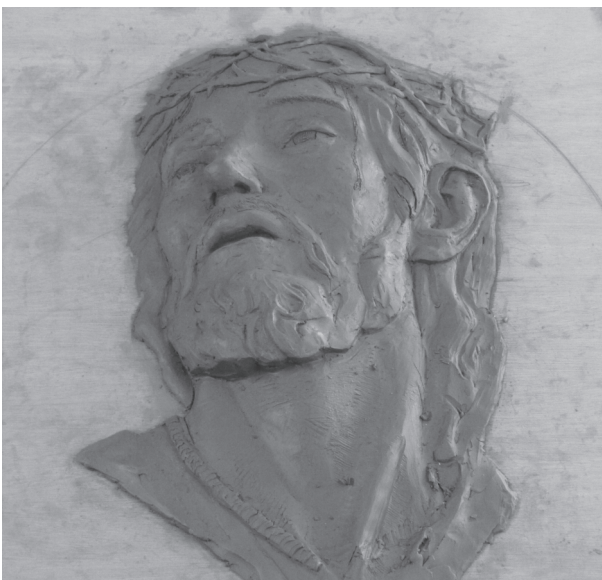
Encuesta sobre la percepción de la imagen de la Plaza de La Merced.



Calle Don Roque. (JFL).



Calle Don Roque rehabilitada por la procesión. (AB).



Modelo en barro realizado por Arturo Serra para su fundición. (JFL).

Hugo Rahner , [BCN 2003] en sus trabajos sobre la influencia de la herencia pagana en la mística cristiana ha señalado el simbolismo de las fases de la luna como alusión a la resurrección.

Llegará el día en que Cristo, sol eterno, y la ecclesia como eterna luna iluminarán el innumerable ejército de estrellas. Hacia ese día se dirige el anhelo del cristiano que todavía está en la oscuridad. P.175(Notes).

JOSÉ FRANCISCO LÓPEZ MARTÍNEZ

NOTAS:

(1) CASAL, F. «Cartagena y sus Procesiones». Cartagena, 1928.

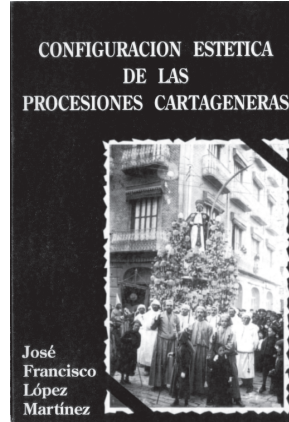
(2) IBÍDEM.

(3) RAHNER, H. «Mitos Griegos en la Interpretación Cristiana». Barcelona, 2003, p. 175.

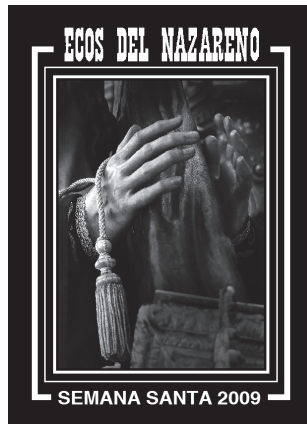
REAL E ILUSTRE COFRADÍA DE N. P. JESÚS NAZARENO (Marrajos) - PUBLICACIONES



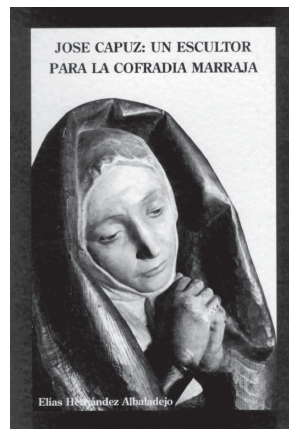
El nacimiento de la cofradía Marraja. Su contexto histórico.
Federico Maestre de San Juan Pelegrín.
Santo Domingo, residencia de voluntarios en la Guerra Civil.
Juan Ignacio Ferrández García.
Restauración del Cristo de la Agrupación de la Condena de Jesús.
Luis Vitaller Prieto.
Restauración de la Imagen de Santa María de Cleofás (Virgen de la Soledad) en el Centro de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de la Región de Murcia.
José Francisco López.
La Música de las Agrupaciones Marrajas.
Agustín Alcaraz Peragón.
El Regreso del Calvario "un proyecto de la Cofradía Marraja".
Marcial D. Alarcón Martínez.
En el Centenario del escultor Juan González Moreno, un recorrido por su obra para la Semana Santa de Cartagena o la añoranza de la escultura religiosa.
José Francisco López.



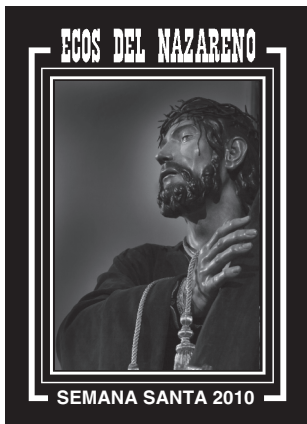
Un análisis realizado por José Francisco López sobre la gestación y posterior evolución de la fisonomía de las procesiones cartageneras desde finales del siglo XIX y principios de siglo XX. Un repaso desde el punto de vista estético e iconográfico fundamental para comprender la actual fisonomía de nuestros cortejos pasionarios.



Casa Hogar Betania, Bretau y Estatutos
José Miguel Méndez Martínez.
Los Marrajos y las mil pesetas.
Juan Ignacio Ferrández García
La música de las Agrupaciones Marrajas III (Agrupación del Descendimiento).
Agustín Alcaraz Peragón.
El nuevo trono del escultor Arturo Serra para el grupo del Santo Amor de San Juan en la Soledad de la Virgen.
José Francisco López.
Restauración del manto de la Virgen de la Soledad y túnica de Nuestro Padre Jesús Nazareno.
Mónica Enamorado Martínez.
50 años de hachotes con luz autónoma.
La Pasión de la Luz. Casimiro Bonmati Azorín.
Aspectos técnicos de los hachotes de butano Sanjuanistas.
José Sánchez Artés.
Los Marrajos y la Cofradía del Rosario, dos Cofradías Dominicas en Cartagena.
Agustín Alcaraz Peragón.



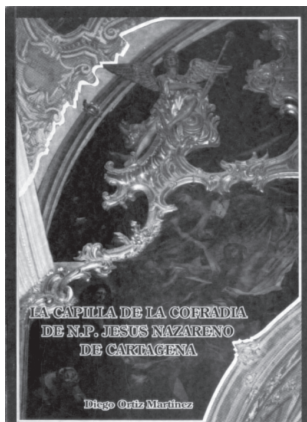
El profesor Elías Hernández Albaladejo realiza un detalladísimo trabajo que nos acerca a la figura indiscutible del gran escultor José Capuz Mamano, gran innovador de la escultura procesional en el primer tercio del siglo XX y su vinculación con la Cofradía de N. P. Jesús Nazareno.



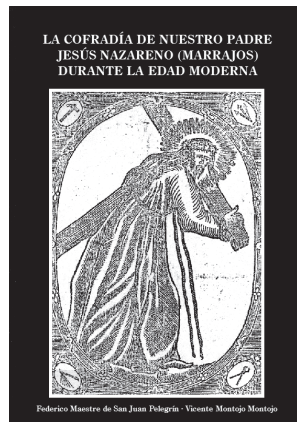
Estatutos: Nueva etapa.
José Miguel Méndez Martínez.
Saluda del Obispo.
José Manuel Lorca Planes.
Hermanos Marrajos durante el reinado de Fernando VII.
Federico Maestre de San Juan Pelegrín.
La música de las Agrupaciones Marrajas.
Agustín Alcaraz Peragón.
La fundación de la Agrupación Marraja de San Juan Evangelista.
Un nuevo enfoque de la historia.
Alfonso Pagán Pérez.
Casal y los Marrajos en la guerra civil.
Juan Ignacio Ferrández García.
Dos piezas recuperadas para la iconografía histórica de la Cofradía Marraja.
José Francisco López.
Don José Fuentes Ruiz, un Marrajo en la historia.
Pedro Ferrández Flores.
2009, un año en la historia marraja: Estatutos, Bretau, Betania.
Pedro Ferrández García.



Vicente Montojo Montojo y Federico Maestre de San Juan Pelegrín glosan la historia de la Cofradía durante los siglos XVII y XVIII. Con un estilo ameno y con gran rigor científico nos aproximan a los comienzos de la Cofradía decana de Cartagena.



La historia de la Capilla de la Cofradía de N. P. Jesús Nazareno contada de forma rigurosa y amena por Diego Ortiz Martínez, desde sus primeros datos, con la compra de la Capilla en 1642, hasta las últimas restauraciones acometidas en ella. En definitiva, cuatro siglos de historia de la posesión más preciada de la Cofradía Marraja y de su retablo, verdadera joya del barroco cartagenero.

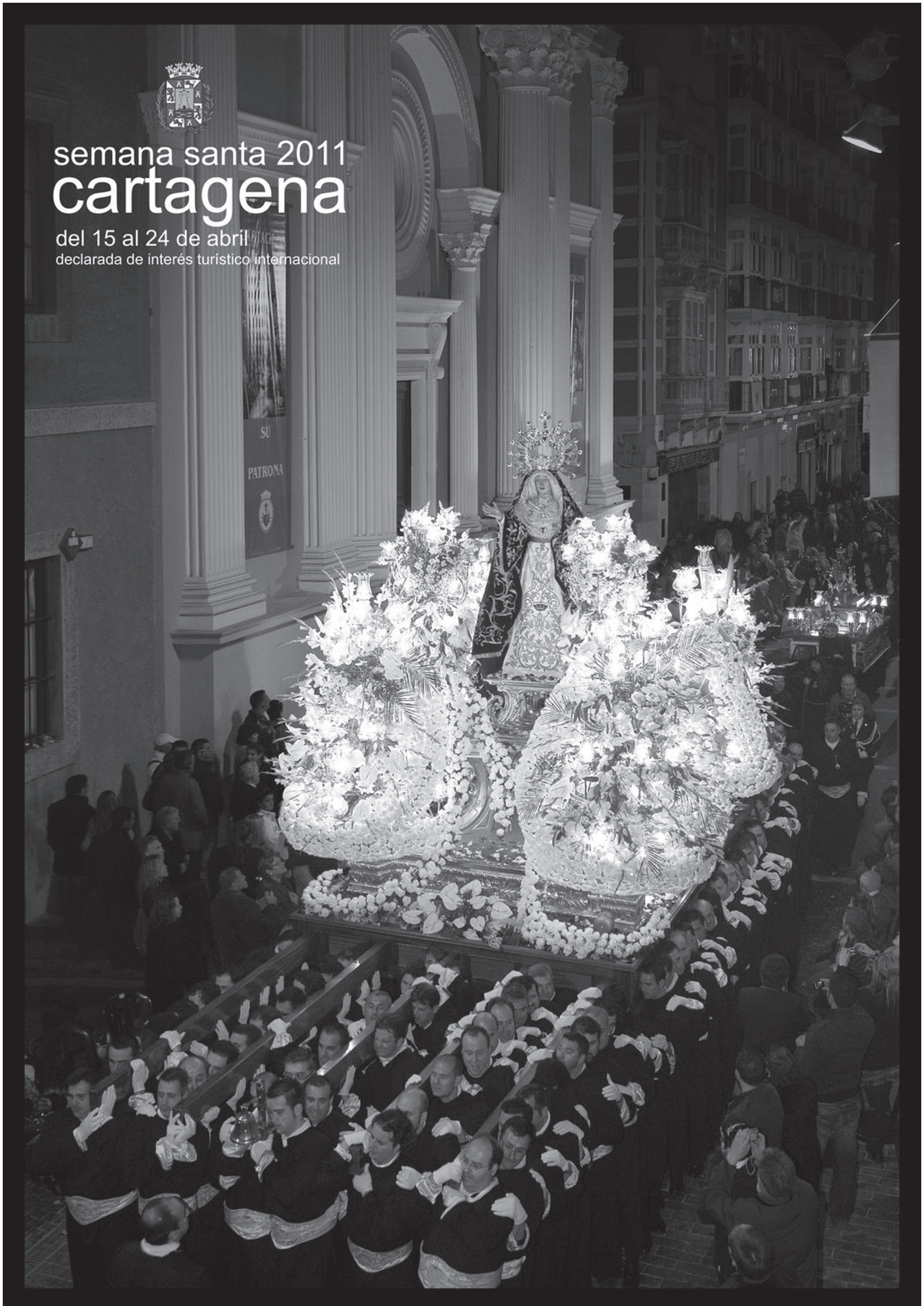


Vicente Montojo Montojo y Federico Maestre de San Juan Pelegrín aportan nuevos datos sobre los años más oscuros de la historia de la cofradía, profusamente documentado.



semana santa 2011 cartagena

del 15 al 24 de abril
declarada de interés turístico internacional



(MRC).



**REAL E ILUSTRE COFRADÍA DE
N.P. JESÚS NAZARENO
(Marrajos)**